

RUDOLF STEINER

EL PUENTE DE LO FÍSICO A LO ESPIRITUAL-MORAL

*Tres conferencias pronunciadas
del 17 al 19 de diciembre de 1920 en Dornach, Suiza*

VERLAG DES ITA WEGMAN INSTITUTS

RUDOLF STEINER

El Puente de lo Físico a lo Espiritual-Moral

Tres conferencias pronunciadas
del 17 al 19 de diciembre de 1920
en Dornach, Suiza

VERLAG DES ITA WEGMAN INSTITUTS

Ita Wegman Institut
für anthroposophische Grundlagenforschung
Pfeffingerweg 1 A, CH-4144 Arlesheim

Tres conferencias incluidas en el ciclo de dieciséis
que lleva por título:

*Die Brücke zwischen der Weltgeistigkeit
und dem Physischen des Menschen*

Nº en la Obra Completa: GA 202

Segundo volumen de la serie de nueve:
Der Mensch in seinem Zusammenhang mit dem Kosmos

Publicado por Rudolf Steiner Verlag, Dornach

Traducción del alemán: *Miguel López Manresa*
Revisión: *Norma Priemer*

Editado por Paul Werthmann y Johannes Weinzirl

© 2020 Verlag des Ita Wegman Instituts
1ª edición 2020

Todos los derechos reservados

Cubierta: Pizarra de Rudolf Steiner,

17 de diciembre de 1920, © Rudolf Steiner Archiv

Diseño general: Walter Schneider, www.schneiderdesign.net

Imprenta: Gulde Druck, Tübingen

ISBN 978-3-906947-43-3

Índice

| | |
|---|----|
| ¡Un puente es el ser humano! | 7 |
| Dornach, 17 de diciembre de 1920: ¿Cómo viven el alma y el espíritu en el cuerpo físico del ser humano? | 11 |
| Dornach, 18 de diciembre de 1920: La moralidad como fuente de creatividad mundial | 33 |
| Dornach, 19 de diciembre de 1920: El camino hacia la libertad y el amor y su significado para los asuntos mundiales | 51 |
| Pizarras y facsímiles. | 67 |

¡Un puente es el ser humano!

Un puente es el ser humano
Entre lo pasado
Y el ser del futuro;
El presente es momento;
momento como puente.

*Rudolf Steiner para Ita Wegman
Navidad 1920'*

Esta nueva edición de las así llamadas „Conferencias Puente“ de Rudolf Steiner se lleva a cabo con motivo del centenario de la medicina antroposófica en el año 2020.

Desde hace varios años, un grupo preparatorio interdisciplinario de jóvenes está preparando la conferencia de aniversario en la Sección Médica del Goetheanum en Dornach para el otoño del 2020. Con esta conferencia mundial titulada „Crossing Bridges – Being Human!“ queremos construir puentes entre cuerpo, alma y espíritu, entre ciencia natural y ciencia espiritual, entre generaciones, países y grupos profesionales para un arte de curar integrativo, con el ser humano en el centro. La estructura interna de la conferencia se orienta completamente hacia el contenido de las tres conferencias presentes.

Las „Conferencias Puente“ fueron llevadas a cabo por Rudolf Steiner en diciembre de 1920 en Dornach y fueron recomendadas en especial a médicos jóvenes y más tarde también a otros grupos profesionales terapéuticos para elaborar los fundamentos de la concepción antroposófica del ser humano y del mundo.² Se trata de una representación que integra al organismo humano en la contemplación según los cuatro elementos y los cuatro tipos de éter, antes de describir cómo este organismo despierta a través de los pasos de la toma de conciencia hacia la capacidad anímica en el pensar, el sentir y el querer. De este modo, no sólo se abre la pers-

pectiva médica decisiva, de cómo actúa lo anímico-espiritual en el organismo físico, sino también una perspectiva de respuesta a la pregunta cardinal hacia un puente contemporáneo entre la forma de proceder científico natural y la dimensión moral-religiosa del ser humano. Lo que puede significar puede ser aclarado por una nota de conversación – una conversación entre Rudolf Steiner y los jóvenes médicos de aquel tiempo alrededor de Helene von Grunelius, lo que fue anotado por Manfred von Kries y en la que Rudolf Steiner dice a los jóvenes:

“Ustedes sienten en sí un gran abismo, sobre el cual tienen que encontrar el puente. Tienen que hallar el puente de lo médico-científico a lo moral, a lo amoroso. Vean ustedes, cuando, por ejemplo, hablo de lo que yo llamo la organización del calor del ser humano, para ustedes al principio no es más que una abstracción. Pero ustedes tienen que encontrar justamente el puente para vivenciar esta organización del calor de tal manera que pueda encontrar desde el vivenciar de las diferenciaciones de calor de cada órgano individual el camino hacia el calor moral. Tendrán que llegar a vivenciar lo que se llama un ‘corazón cálido’, de manera que sentirán este corazón cálido hasta dentro en lo físico. Tienen que encontrar el camino de lo científico-fisiológico a lo espiritual-moral y de lo espiritual-moral a lo fisiológico-anatómico.”²

En cuanto a un arte de curar moral y amoroso, el cual es compatible con la concepción científica del mundo, la medicina y los cuidados de la salud de hoy en día en realidad se encuentran ante la pregunta seria, de cómo se pueden construir aquí puentes entre ellas. Por parte de la investigación científica, nuestros conocimientos crecen con una abundancia mensual de estudios y datos, en campos y especializaciones cada vez más diferenciados, que el indi-

viduo hace tiempo ya no puede abarcar de manera completa. Por parte de la práctica, como es sabido, se responde con una creciente estandarización en forma de guías diagnósticas y terapéuticas, con procedimientos en lo posible estandarizados y basados en evidencia. El abismo entre tal medicina estandarizada, ya no más comprensible, que al mismo tiempo amenaza con marginar la experiencia personal y el juicio clínico de quienes trabajan en la terapia y el cuidado, y el anhelo de un arte de curar eficaz y al mismo tiempo amoroso y ético, se hace cada vez más evidente hoy en día. Esto se demuestra en el destino concreto de pacientes individuales, cuyas necesidades y deseos van mucho más allá de una medicina estandarizada y orientada a la enfermedad. Pero la impotencia también la sentimos nosotros, los médicos, enfermeras y terapeutas, que en vista de los desarrollos actuales estamos perdiendo el entusiasmo y el antiguo interés terapéutico de corazón. Con ello la pregunta cardinal mencionada realmente es – ¿cómo se puede construir el puente en la medicina desde la dimensión anatómica-fisiológica hasta la dimensión anímica-espiritual, la dimensión moral del ser humano, en la que se basa su dignidad?

La medicina antroposófica quiere dar a ello una vigorosa contribución desde hace 100 años y las presentes conferencias invitan a conocer los pensamientos básicos esenciales y a ayudar en esta construcción del puente de nuestro tiempo. Partiendo de la fisiología del entusiasmo, las conferencias desembocan en una contemplación sobre los ideales de libertad, amor y sabiduría –un entrelazamiento entre pensar y querer– para cuya realización, finalmente se requiere también una nueva comprensión de la sustancia hasta dentro de la materia. En esto es notable cómo Rudolf Steiner siempre retoma las antiguas concepciones del ser humano y del mundo – por ejemplo, la doctrina hipocrática de los cuatro humores y de los elementos, la doctrina aristotélica del éter hasta las concepciones cosmológicas y religiosas de las culturas más antiguas. No se trata de volver a estos sistemas, sino más bien de un estímulo para examinar nuevamente los antiguos principios, para redescubrir su

realidad espiritual y para mirar en conjunto con la ciencia natural moderna y la ciencia espiritual. Por último, pero no menos importante, esto también se aplica a las mismas conferencias de Rudolf Steiner, las que, en vista del centenario, pueden ayudar sobre todo a mirar con confianza a los próximos 100 años futuros. El verso arriba mencionado para la médica Ita Wegman concluye en este sentido:

Capta lo venidero
a través de lo pasado.
Espera lo naciente
a través de lo devenido.
Así toma la existencia
en el devenir;
así toma lo que deviene,
en lo existente.¹

*Paul Werthmann y Johannes Weinzirl
por el equipo de preparación de la Conferencia Mundial 2020
„Crossing Bridges – Being Human!“*

1 RUDOLF STEINER: Briefe und Meditationen für Ita Wegman. Arlesheim 2018 (Zur Rehabilitierung Ita Wegmans; Bd. 1).

2 PETER SELG: Helene von Grunelius und Rudolf Steiners Kurse für junge Mediziner. Eine biographische Studie. Dornach 2003.

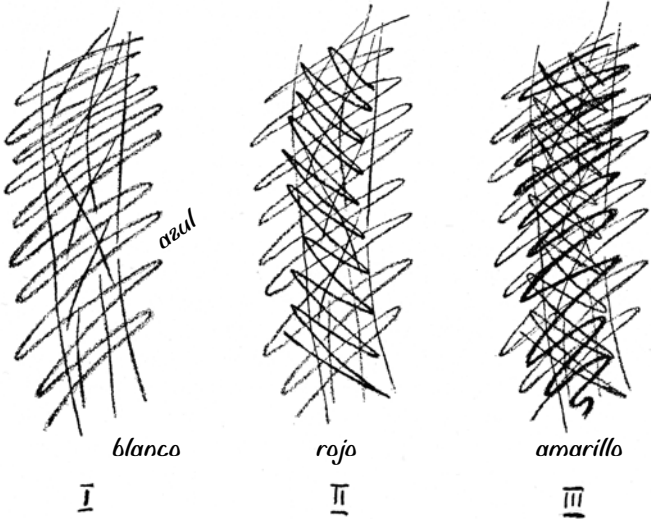
Dornach, 17 de diciembre de 1920

Hoy quisiera intercalar el estudio de un tema que tal vez les parezca algo aislado, pero que será de importancia para el avance de las exposiciones que estamos cultivando en estos días. A lo largo del tiempo hemos reunido los más diversos elementos necesarios para el conocimiento del ser humano. Gradualmente vamos situando al ser humano, por un lado en la vida cósmica y por el otro en la vida social. Para ello será necesario que hoy llamemos la atención sobre algo que puede contribuir aún más a la comprensión de la entidad humana. Cuando se observa al ser humano en el sentido de la orientación científica moderna, en el fondo sólo se está observando una parte de la entidad humana. Ello se debe a que no se tiene en cuenta en absoluto que, además de su cuerpo físico, el ser humano posee miembros constitutivos superiores. Pero hoy vamos a pasar por alto ese hecho. Queremos fijarnos por una parte en lo que más o menos reconocen los esfuerzos científicos, y por la otra, en lo que ya se ha introducido en la conciencia popular. En realidad se considera al ser humano teniendo en cuenta únicamente aquella parte de su organismo que se nos presenta como líquido-sólida. Y aunque lo líquido y lo aéreo se consideran

como algo que entra y sale del ser humano, no se los concibe como miembro constitutivo del organismo humano. El calor que el ser humano posee en su interior, de temperatura más alta que el de su entorno, suele considerarse como un estado del organismo humano, pero no como un miembro constitutivo de dicho organismo. Ya veremos con más detalle qué es lo que queremos decir con ello.

Como ya señalé anteriormente, si se tiene en cuenta el flujo y reflujo del líquido encéfalo-raquídeo que asciende y desciende por el canal medular, veremos que tiene lugar un movimiento oscilatorio regular del líquido encefálico de abajo arriba y de arriba abajo gracias a la inspiración y espiración; y que dicho líquido se ve impelido hacia arriba con la inhalación, colisiona en cierto sentido con el organismo cerebral y luego vuelve a descender con la exhalación. Ese proceso que tiene lugar dentro de las inclusiones líquidas del organismo humano no suele considerarse como parte inherente del propio organismo. Uno se hace la imagen de que, como organismo físico, el ser humano consta de las partes o sustancias más o menos sólidas o, a lo sumo, sólido-líquidas que se encuentran en él.

Si tuviera que dibujarlo esquemáticamente haría lo siguiente: Supongamos que el ser humano realmente consta de esas sustancias más o menos sólidas, sustancias óseas (musculares, nerviosas), etc.; es decir, que solemos representarnos al ser humano como una especie de armazón (blanco I, véase dibujo p. 13). Lo otro que hallamos en el ser humano como elemento propiamente líquido, como por ejemplo el líquido encéfalo-raquídeo, y lo que es aéreo, desde el punto de vista anatómico y fisiológico no suele considerarse como parte integrante del organismo humano. Suele decirse: Está claro que el ser humano introduce aire en su interior, éste recorre ciertas trayectorias allí dentro, cumple determinadas funciones, y luego vuelve a ser exhalado. También se



habla del estado térmico o calórico del ser humano, pero en el fondo sólo se considera lo sólido como el elemento organizador, y no se suele tener en cuenta que además de ese armazón sólido, hay que ver al ser humano también como algo líquido, en un principio como columnas líquidas (azul I), que el ser humano se halla también totalmente impregnado de aire (rojo II) y que posee un determinado estado de calor que lo interpenetra completamente (amarillo III). Mas cuando se lo examina aún con más exactitud, resulta que igual como hay que considerar lo sólido o semisólido como parte constitutiva del organismo humano, lo que el ser humano posee como puro líquido, no es una mera masa líquida indiferente, sino algo que se halla plenamente integrado en el organismo, en estado fluido, y que ese organismo líquido, tiene tanto valor como el propiamente sólido.

Por consiguiente, junto al hombre sólido hay que tener en cuenta al hombre líquido y al hombre aéreo. Pues lo que llevamos en nosotros como aire, en lo que se refiere a su

distribución y a sus partes, es también un organismo como lo es el sólido, con la salvedad de que es de naturaleza gaseosa y se halla en movimiento. Finalmente, lo que llevamos en nosotros como calor, no es un mero espacio de calor uniforme que se extiende sobre el ser humano, sino que está sutilmente organizado, igual como lo está el organismo sólido, el líquido y el gaseoso o aéreo. Ahora bien, en el momento en que se habla del organismo acuoso, que en cierta manera se halla en el mismo espacio que el organismo sólido, no se puede hablar de un organismo líquido sin que se hable del cuerpo etérico que interpenetra e impregna con sus fuerzas ese organismo acuoso en el ser humano tal como está constituido en el presente. En primer lugar, el organismo o cuerpo físico está allí por sí mismo, y en la medida en que lo contemplamos en su plenitud lo consideramos primero como organismo sólido. Ese es en realidad el cuerpo propiamente físico.

En segundo lugar, observamos el organismo líquido que, evidentemente, no puede investigarse del mismo modo a como se hace con el sólido, midiéndolo con la regla, sino captándolo como un organismo en movimiento, en fluidez. Y no podemos contemplarlo sin verlo impregnado por el cuerpo etérico.

En tercer lugar, nos hallamos con el organismo aéreo. Y no podemos abordarlo sin considerarlo impregnado por las fuerzas del cuerpo astral. En cuarto y último lugar tenemos el organismo calórico totalmente diferenciado en sí mismo. Pero no podemos considerarlo sin encontrarlo impregnado y dinamizado por el yo. Esa es la actual constitución del ser humano como entidad terrestre.

Tenemos por tanto:

| | |
|------------------|---------------|
| Organismo físico | Cuerpo físico |
|------------------|---------------|

*Ver
pizarra
en
p. 68*

El ser humano contemplado de otro modo:

| | |
|-----------------------|----------------|
| 1. Organismo sólido | Cuerpo físico |
| 2. Organismo líquido | Cuerpo etérico |
| 3. Organismo aéreo | Cuerpo astral |
| 4. Organismo calórico | Yo |

Una consecuencia de ello es que hemos de tener muy claro el hecho siguiente: Estudiemos por ejemplo la sangre. En la medida en que una parte importante de ella es esencialmente líquida, en la medida en que pertenece al organismo líquido, en la sangre tenemos al cuerpo etérico que la impregna con sus fuerzas. Por otra parte, en esa sangre tenemos lo que llamamos un estado térmico, pero ese elemento es ya de por sí un organismo que de ningún modo es idéntico con el organismo de la sangre líquida. Si investigamos ese hecho –y eso se puede hacer totalmente con métodos físicos de investigación– encontraremos que al registrar los diversos estados de calor en las distintas partes del organismo humano, su distribución no coincide con la de su organismo líquido ni con ninguno de los otros.

Ahora bien, en el momento en que se contempla al ser humano de esta manera, se descubrirá que en ese estudio del ser humano no podemos permanecer dentro del organismo humano. Sólo podemos quedarnos en él cuando estudiamos el organismo meramente sólido que nos ofrece una forma relativamente cerrada en sí misma, cerrada al exterior y delimitada por la piel. No obstante eso sólo es

aparente, porque el ser humano percibe lo sólido como si fuera un bloque macizo; pero lo sólido está diferenciado en sí mismo y se relaciona de las más diversas maneras con el resto de la corporalidad sólida. Como siguiente elemento adicional hemos de considerar, por ejemplo, que las distintas sustancias sólidas tienen un peso diferente, y por ese hecho mismo se puede deducir que ejercen su peso en el ser humano de manera distinta. Por eso, en lo referente a su organización física, el ser humano se relaciona con la Tierra en su conjunto. No obstante, al menos por su apariencia externa, podemos delimitar espacialmente ese organismo físico.

La cosa es distinta con el segundo organismo, impregnado por las fuerzas del cuerpo etérico, me refiero al organismo líquido. Ese organismo acuoso ya no puede estar delimitado ni hallarse separado de manera tan estricta del entorno. Lo que se halle en estado líquido en cualquier parte del espacio limita con lo líquido restante. Y aunque lo líquido como tal, en nuestro mundo exterior, al principio sólo exista en estado diluido, ya no se puede determinar, con la misma precisión que con el organismo sólido, una frontera clara entre lo líquido existente en el interior del ser humano y el que se halla fuera de él. Por tanto nos vemos obligados en cierto sentido a disolver la frontera entre el interior líquido humano y el exterior físico.

Aún es más evidente ese hecho cuando tenemos en cuenta el organismo aéreo, que se halla impregnado por las fuerzas del cuerpo astral. El aire que llevamos dentro en un determinado momento, hace poco que estaba fuera y dentro de poco volverá a estarlo. Nos hallamos inmersos en un constante acoger y devolver

del aire que hay en nosotros. Sólo podemos tener en cuenta el aire que rodea nuestra Tierra y decir: se abalanza hacia el interior de nuestro organismo, y vuelve a retirarse; pero al introducirse en nosotros se convierte en nuestro organismo. En nuestro organismo gaseoso tenemos una estructura que se edifica constantemente a partir de la atmósfera global para retirarse de nuevo a ella. De hecho hay algo en nosotros que se construye con cada proceso de inhalación, o al menos existe una estructura que se modifica con cada proceso de inspiración. Y también se produce una desestructuración parcial con cada proceso de exhalación. Podemos decir pues: En cierto aspecto, nuestro organismo aéreo se modifica con cada respiración, no es que nazca y muera una y otra vez, sino que se reestructura, tanto en la inhalación como en la exhalación. Y en ese proceso tiene lugar un constante intercambio entre nuestro organismo aéreo y el aire exterior. Sólo podemos sostener nuestra trivial representación de lo que llamamos organismo humano, si no tenemos en cuenta que, en comparación con el organismo sólido, el organismo aéreo sólo tiene un minúsculo grado de diferenciación.

Eso es aún más pronunciado en nuestro organismo calórico. El que no distingamos los organismos, líquido, gaseoso y calórico, y sólo se tenga en cuenta el organismo sólido, se lo debemos al enfoque mecánico-matemático. Pero no se adquiere un conocimiento real del ser humano si no queremos aceptar la presencia de los organismos calórico, aéreo, acuoso y térreo.

En el organismo calórico vive sobre todo el yo. El yo es por sí mismo aquel organismo espiritual que domina, configura e impregna con sus fuerzas el calor

que llevamos en nosotros, pero no lo configura delimitándolo exteriormente, sino impregnándolo del todo en su interior. No podemos entender lo anímico si no tenemos en cuenta esa acción directa del yo sobre el calor. Por de pronto, el yo es aquella instancia del ser humano que pone en marcha la voluntad y proporciona los impulsos volitivos. ¿Cómo facilita el yo esos impulsos volitivos? Ya desde otro punto de vista hemos mencionado cómo, al contrario de los impulsos mentales o de la representación, que se vinculan con lo extraterrestre, los impulsos de la voluntad se relacionan con lo telúrico. Pero cuando el yo mantiene unidos los impulsos volitivos, ¿qué camino ha de recorrer, digamos, para introducirlos en el organismo, en la entidad humana en su conjunto? Pues actuando en principio en el organismo calórico humano (véase esquema en la p. 12). Cuando el yo tiene un impulso volitivo, este impulso empieza por actuar en el organismo térmico. Está claro que entre las actuales condiciones telúricas no es posible encontrar en una realidad concreta lo que quiero describirles. Pero aun así se lo puede considerar como algo que existe esencialmente en el ser humano, sobre todo si descartamos la presencia del organismo sólido en el espacio delimitado por la piel humana. Descartemos también los organismos líquido y aéreo. Nos queda entonces el espacio lleno de calor, que no obstante se comunica con el calor exterior. Pero lo que ahí dentro gobierna ese calor, quien lo hace circular en corriente y movimiento interior, para convertirlo justo en un organismo, es el yo.

Y cuando nos fijamos en el cuerpo astral humano, vemos que ese cuerpo astral es el portador de todas las fuerzas emotivas y del sentimiento. Las fuerzas del sentir viven en el cuerpo astral haciendo que éste las ponga

en acción en lo físico, haciendo que actúen en lo que subyace en el ser humano como organismo aéreo.

Por consiguiente, podría decirse que en el hombre terrestre, el yo genera, mediante el organismo calórico, aquello que luego se manifiesta cuando el ser humano interviene en el mundo como ser volitivo. Lo que el cuerpo astral vivencia como sentimientos y luego repercute en el organismo terrestre se da a conocer como organismo aéreo. Y cuando observamos el organismo, el cuerpo etérico, –aunque al principio se nos manifieste de un modo más pictórico del que pueda ser consciente, porque allí en la conciencia interviene también el cuerpo físico que amortigua las imágenes y las convierte en representaciones físicas– veremos que ese cuerpo etérico contiene la verdadera capacidad de generar representaciones, en la medida en que éstas son imágenes. Eso actúa sobre el organismo líquido.

De ahí se deduce que nos acercamos más a lo anímico cuando se consideran esos organismos en el ser humano. El enfoque materialista que sólo quiere quedarse en el armazón sólido y que considera obvio que el agua no puede hallarse organizada –y en el organismo *está* organizada– necesariamente ha de enfrentarse a lo anímico con una total incomprensión; porque lo anímico se halla directamente presente en esos otros organismos. Y el organismo propiamente sólido en el fondo no es más que el sostén de los otros organismos. Tenemos pues el organismo sólido que se yergue como armazón de sostén hecho de huesos, músculos, etc. En esa estructura se integra el organismo líquido que en sí mismo se halla diferenciado y plenamente configurado; dentro de ese organismo acuoso vibra el cuerpo etérico y dentro de ese mismo organismo se generan los pensamientos. ¿Cómo surgen? Produciéndose en dicho orga-

nismo líquido una determinada metamorfosis de lo que en el mundo exterior conocemos como sonido.

El sonido en realidad es algo que desorienta enormemente nuestra manera humana de ver las cosas. Como seres humanos terrestres en principio solemos percibir el sonido gracias a que el aire es portador de esa sonoridad. Pero el aire no es más que el intermediario de ese sonido que teje en él. Quien se limita a considerar que el sonido son sólo las vibraciones del aire, se parece a quien dice: «El ser humano posee tan solo su organismo físico y ningún alma habita en él.» – Al considerar las vibraciones del aire como esencial del sonido que solo son su expresión exterior, es como si se observara en el ser humano solo el organismo físico sin percibir nada anímico en él. Lo que ahí dentro vive como sonido es esencialmente un elemento etérico. Y el sonido que oímos en el aire se debe a que el aire se halla impregnado del éter sonoro o acústico, también conocido como éter químico. Al interpenetrar el aire, ese éter le transmite lo que hay en su interior y para nuestra percepción surge lo que llamamos sonido. Ese éter sonoro, que es lo mismo que el éter químico –de ello ya hablaremos con más detalle en otra ocasión–, vive esencialmente en nuestro organismo líquido. De esa manera podemos distinguir: En nuestro organismo acuoso vive nuestro cuerpo etérico, pero además confluyen en él, desde todos los lados, lo que subyace en el sonido como éter sonoro. Por tanto, les ruego que hagan claramente esa distinción. Tenemos en nosotros nuestro cuerpo etérico, que obra y actúa generando pensamientos en nuestro organismo líquido. Pero en ese organismo acuoso constantemente penetra y sale algo que podemos llamar éter químico. Por tanto, al estudiar nuestro organismo, descubrimos la presencia de todo un organismo etérico constituido por éter químico, éter calórico, éter



*Ver
pizarra
en
p. 68*

lumínico y éter de vida; y concretando aún más, vemos, entre otras cosas, que el éter químico va entrando y saliendo a través del organismo líquido.

El cuerpo astral que se exterioriza en el sentir vive a través del organismo aéreo. Pero con ese organismo tiene especial afinidad uno de los éteres que penetra especialmente el aire, el *éter lumínico*. En concepciones del mundo más antiguas se hablaba de ese parentesco entre el aire físico en expansión y el éter de luz que lo interpenetra. Ese éter lumínico que, digamos, es transportado por el aire, que en realidad es más afín al aire de lo que sería el sonido, penetra también en nuestro organismo aéreo y subyace en lo que entra y sale de éste. Tenemos, pues, nuestro cuerpo astral que vivencia el sentir en su interior, que se manifiesta especialmente activo en el organismo aéreo y que constantemente colisiona con el éter de luz.

Finalmente tenemos al yo humano. Ese yo, que se halla activo en el organismo calórico mediante la voluntad, está a su vez vinculado con el calor exterior, con el éter calórico de fuera que entra y sale de nosotros.

Resultan así las siguientes relaciones:

*Ver
pizarra
en
p. 69*

yo – voluntad – organismo calórico – éter calórico
cuerpo astral – sentir – organismo aéreo – éter de luz
cuerpo etérico – pensar – organismo líquido – éter químico

Consideremos ahora lo siguiente: El cuerpo etérico permanece en nosotros, incluso cuando dormimos. En ese período entre el dormirse y volver a despertar está también presente en el interior esa constante interacción del éter químico y el cuerpo etérico. La cosa es distinta con el cuerpo astral y el sentir. El cuerpo astral se halla fuera del organismo humano mientras dormimos, entonces el cuerpo astral y el sentir no obran sobre el organismo aéreo, y este organismo gaseoso, que se relaciona con todo el mundo circundante, es sustentado entonces desde fuera. El ser humano mismo, en cuanto contiene el cuerpo astral con el sentir, sale de ese cuerpo físico y penetra en aquel mundo con el que se halla vinculado gracias al éter lumínico. Entre el dormirse y el volver a despertar, el ser humano vive directamente inserto en aquello que el organismo aéreo le proporciona en el estado de vigilia por su relación con el cuerpo astral. Algo parecido sucede en lo referente al yo y el organismo calórico.

Ello nos permite ver que sólo entendemos la relación del ser humano con el mundo circundante cuando realmente tenemos en cuenta esa partición del ser humano que el enfoque mecánico habitual no tiene absoluta-

mente en cuenta. Ahora bien, en el ser humano todo está interpenetrado, el hecho de que el yo se halle en el organismo calórico hace que ese yo impregne también los organismos aéreo, acuoso y sólido con el organismo calórico que vive en todos ellos. Por consiguiente, el organismo térmico, que se halla impregnado por las fuerzas del yo, vive en el organismo gaseoso y en el organismo líquido.

Ese es el camino por el que hemos de buscar, por ejemplo, la forma de acción del yo en la circulación sanguínea. El yo actúa en la circulación de la sangre indirectamente por medio del organismo calórico. Allí obra el yo como la entidad que hace descender la voluntad desde el calor, pasando por lo aéreo, hasta llevarla a lo líquido. De ese modo todo interactúa en el organismo. Pero no llegamos a nada si nos limitamos a mantener las representaciones abstractas de esa interacción, sólo llegamos a algo útil cuando nos imaginamos de forma concreta qué miembros integran el ser humano y cómo todo lo que le rodea participa en su organismo.

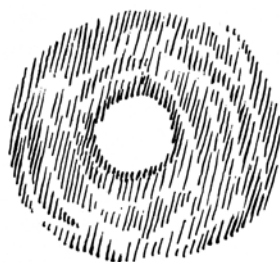
Igualmente, sólo entendemos el estado de sueño cuando tenemos en cuenta esas cosas con mayor detalle. Piensen que cuando dormimos sólo los cuerpos físico y etérico se hallan presentes, igual como lo estaban cuando estábamos despiertos, pero el cuerpo astral y el yo se hallan fuera. De modo que al estar presentes solamente los cuerpos físico y etérico en el ser humano que duerme, puede actuar en él, incluso en los organismos aéreo y calórico, aquello que se halla presente en sus cuerpos físico etérico. En el organismo humano despierto vemos la relación que el yo y el cuerpo astral tienen con el organismo entero, mas cuando al dormir tenemos fuera al yo y

el cuerpo astral, en el organismo humano siguen estando los cuatro elementos: la estructura sólida y de sostén, el organismo líquido, y también el organismo aéreo sobre el que, antes de dormirnos, actuaba el cuerpo astral, y el organismo calórico en el que obraba el yo, y actúan de una forma organizada como lo hacían cuando estábamos despiertos. Pero en el estado de sueño, en lugar de nuestro yo, que se halla fuera, actúa en nosotros el espíritu que interpenetra el cosmos y que en nuestro estado de vigilia se ve desplazado por nuestro yo que es parte de él. Tenemos, pues, nuestro cuerpo calórico impregnado por el *espíritu cósmico* y nuestro organismo aéreo por lo que podríamos llamar el *alma del mundo*, la astralidad cósmica, que normalmente hemos expulsado de nosotros cuando estamos despiertos. Así podemos contemplar también la vigilia y el sueño desde este punto de vista. En el sueño, nuestro organismo calórico se ve impregnado por la espiritualidad universal que nuestro yo, que es parte de ella, expulsa de nosotros cuando despertamos, pues él se encarga de realizar durante la vigilia lo que al dormir realiza el espíritu cósmico. Igualmente, nuestro cuerpo astral expulsa la astralidad universal al despertarnos, y dejamos que ella vuelva a actuar en nuestro organismo cuando volvemos a dormirnos. De modo que podemos decir: “Al abandonar nuestro cuerpo al dormirnos, dejamos que el espíritu del mundo penetre en nuestro organismo calórico, y que el alma del mundo, la astralidad cósmica, se introduzca en nuestro organismo gaseoso”.

Cuando se es lo suficientemente desprejuiciado en el estudio del ser humano, se llega a entender la relación no sólo entre el ser humano y su mundo físico circundante, sino también la que existe entre el ser humano y el espíritu y el alma cósmicos. Al despertar, se reintegran el yo y el cuerpo astral en el organismo humano y expulsan al espíritu cósmico y al alma o astralidad universal.

Eso es lo que sucede, cuando lo enfocamos desde un aspecto. Pero también podemos observarlo desde el punto de vista del conocimiento y, al hacerlo, descubrimos cómo se reúnen esos dos enfoques. Habitualmente solamente llamamos conocimiento lo que vivenciamos cuando estamos despiertos mediante la percepción y la elaboración conceptual de lo percibido. Sólo así trabajamos realmente conocimiento del entorno físico del hombre. Está claro que al obrar de acuerdo con la ciencia espiritual no nos dejaremos llevar por toda clase de fantasías, como sería tomar como algo real existente lo que vemos en las imágenes oníricas, y no buscaremos el conocimiento en los sueños, del mismo modo que lo hacemos en la vigilia con la percepción y el pensamiento. Pero de un modo más o menos inferior, el soñar no deja de ser un conocimiento. En realidad es un especial tipo de autoconocimiento físico. A *grosso modo*, podemos ver cómo el ser humano en cierta manera sueña sus estados interiores, cuando, por ejemplo, se despierta mientras soñaba que estaba soportando el calor de un horno caliente, y al despertar se da cuenta que tenía en su interior un estado de calor o algo por el estilo. Por otra parte, los sueños se hallan configurados de un modo determinado. Uno sueña en serpientes cuando tiene algo en el intestino que no le funciona bien; o sueña en cavernas por las que ha de arrastrarse, y luego resulta que tenía dolor de cabeza, etc. Si bien de una manera oscura y crepuscular, el sueño ofrece indicaciones sobre la vida orgánica interior del ser humano; por lo que podemos hablar ya de un determinado conocimiento inferior en la vida onírica. La cosa se incrementa sólo cuando, en personas especialmente sensitivas, se reproducen reflejos muy precisos del organismo. Generalmente solemos creer que en el dormir profundo, cuando no hay sueños, ya no adquirimos ningún conocimiento. Al dormir sin sueños no le damos ninguna importancia para el proceso

cognoscitivo. Pero el hecho es que la tiene. Tiene una tarea cognoscitiva para el ser humano, si bien de índole individual-personal. Si no pudiéramos dormir, si nuestra vida no fuera interrumpida constantemente por el dormir, no podríamos llegar a hacernos una clara representación del yo, una clara vida interior. Estaríamos incesantemente vivenciando lo exterior y nos perderíamos allí. El ser humano todavía no se da cuenta cabal de ello, porque no se ha acostumbrado a captar anímica y orgánicamente, realmente sin prejuicios, las cosas que experimenta. Miramos atrás, seguimos las imágenes de nuestras vivencias hasta el punto hasta el que podemos recordar. Pero toda esa corriente cognoscitiva se ve interrumpida siempre cada noche, y al hacer retrospectión la dejamos de lado porque no nos acordamos. No pensamos que en su corriente recordativa el ser humano se ve constantemente interrumpido por el sueño. Ese hecho determina, aunque sea de manera inconsciente, que junto a un campo lleno (de experiencias) veamos también una nada, un vacío. Si tenemos aquí un campo blanco y en el centro negro, veremos algo blanco y que el negro es una nada para el blanco. Que eso no sea del todo cierto no es importante para nosotros ahora. Vemos el campo negro, vemos que en la cobertura blanca hay algo que queda vacío, pero esa es una impresión igualmente positiva, aunque sea una impresión que no coincide con las impresiones del campo blanco. El campo negro es una impresión igualmente positiva. Y, por tanto, cuando hacemos retrospectión, es una experiencia positiva que en ella afluya siempre la nada de los períodos que pasamos durmiendo. Lo que hemos dormido se halla igualmente inserto en la retrospectión, aunque al principio no se halle directamente en la conciencia, porque ésta se orienta sólo según lo que permanece como imágenes de la vida en la que estuvimos despiertos. Pero esa conciencia se ve fortalecida internamente por el hecho de que el campo espiritual interior tiene también zonas vacías; en eso



*Ver
pizarra
en
p. 69*

se basa el hecho interior de que estemos conscientes. Nos perderíamos del todo en el mundo exterior si sólo estuviéramos despiertos, si esa vigilia no se viera interrumpida regularmente por el sueño. Interiormente, sabemos de nuestra propia existencia gracias al dormir sin sueños. Pero si el dormir soñando nos refleja caóticamente ciertas partes en forma de imágenes, el dormir sin sueños nos otorga la conciencia de nuestro aspecto humano global como organismo, y por tanto un conocimiento. Podemos decir que por la conciencia vigílica percibimos el mundo exterior. Por los sueños percibimos, si bien de manera crepuscular e indeterminada, algunos aspectos de nuestros estados orgánicos interiores. Por el dormir sin sueños trabajamos conocimiento de nuestro organismo conjunto, aunque sea de una manera oscura y nebulosa. Por consiguiente, tenemos tres niveles de conocimiento: el dormir sin sueños, el dormir soñando, y el estado de vigilia.

Llegamos entonces a los tres estados superiores, a la Imaginación, Inspiración e Intuición. Vuelven a ser los estados superiores que se hallan por encima del estado de vigilia, y que por tanto son cada vez más claros, y como estados de conciencia suministran conocimientos cada vez más claros, mientras que nosotros, al descender a la conciencia habitual llegamos a los conocimientos caóticos que no obstante son imprescindibles para nuestra experiencia ordinaria.

Así es como se presenta el asunto del campo de conciencia.

No podemos decir que sólo somos portadores de esta conciencia vigílica ordinaria, como tampoco podemos decir que sólo somos portadores del organismo sólido. Hemos de hablar de que en principio tenemos ese organismo sólido como algo claramente delimitado en el espacio, y que consideraríamos como el organismo humano entero, si pensáramos del modo materialista. Pero hemos de considerar que la conciencia ordinaria en principio es clara y que las representaciones que ella suministra poseen contornos precisos. Mas no hemos de pensar que sólo tenemos el cuerpo sólido ni que poseemos únicamente esa conciencia vigílica-diurna, sino que tenemos el cuerpo sólido interpenetrado por el cuerpo líquido que posee una organización fluctuante y en dilución, y poseemos también una conciencia vigílica clara impregnada por la conciencia onírica que no posee imágenes de contornos precisos, sino límites difusos en los que la conciencia se vuelve, digamos, líquida y fluida. Además del organismo líquido o acuoso, tenemos el organismo aéreo que es sustentado incluso por algo distinto a nosotros mismos mientras estamos durmiendo; por lo que, en el fondo, no se relaciona siempre con nuestro ser anímico, sino sólo parcialmente, provisionalmente, es decir, sólo en el estado de vigilia; pero aun así poseemos ese organismo aéreo como un organismo específico en nosotros. Tenemos por otra parte un tercer estado de conciencia, una conciencia oscura, la del dormir sin soñar, en la que no sólo se diluyen las representaciones, sino que se amortiguan hasta llegar a la oscuridad interior, en la que en cierto modo se desvanece la conciencia de vivenciarnos en un estado interiormente consciente, de manera parecida a como en ciertas circunstancias el organismo aéreo o gaseoso deja de ser vivenciado por nosotros cuando dormimos.

Vemos pues, que si observamos al ser humano interior o exteriormente llegamos a una concepción cada vez más

| | |
|------------------------|-------------------------------------|
| <i>cuerpo calórico</i> | <i>Yo anímico</i> |
| <i>cuerpo aéreo</i> | <i>conciencia onírica</i> |
| <i>cuerpo líquido</i> | <i>conciencia de sueño profundo</i> |
| <i>cuerpo sólido</i> | |

*Ver
pizarra
en
p. 69*

amplia sobre la entidad humana. Si vamos del cuerpo sólido, al líquido, al gaseoso y al calórico acabamos entrando en lo anímico. Si vamos de la clara conciencia cotidiana vigílica hacia la conciencia onírica o de sueños, acabamos entrando en el cuerpo. Y podemos penetrar con mayor profundidad en el cuerpo físico al sabernos dentro de él mediante la conciencia del dormir sin sueños. Contemplando al ser humano en sus estratos de conciencia, cuando hacemos *descender* la conciencia despierta o vigílica hacia la conciencia dormida, desembocamos en la corporalidad. Cuando contemplamos la corporalidad misma, desde su estado sólido, y vamos *ascendiendo* hasta su estado calórico, acabamos saliendo de lo corpóreo. Eso nos crea la necesidad de no limitarnos simplemente a acoger lo que al principio nos presenta la parcial visión exterior. Ahí tenemos por un lado el cuerpo sólido al que uno se aferra con la representación materialista-mecánica; por el otro lado tenemos lo anímico que a la conciencia moderna se presenta plena de contenido como clara vida diurna. No se suele descender desde esa conciencia (yo) hacia abajo, porque al hacerlo se llega al cuerpo. No se suele ir del cuerpo espiritual (cuerpo calórico) hacia abajo, porque si se descendiera se llegaría al cuerpo sólido. Sino que simplemente suelen contemplarse los dos, que en realidad no se

pertenecen mutuamente, pues se observan el cuerpo sólido sin el líquido, sin el aéreo y sin el calórico, y la conciencia vigílica o diurna sin aquello que en realidad refleja la corporalidad interior, es decir, sin la conciencia onírica ni la conciencia dormida (o de sueño sin sueños).

Y entonces se parte de la psicología escolar y se pregunta: „¿Cómo vive ese elemento anímico-espiritual en lo físico?“. Eso es justo lo que se hace. Fijémonos: Tenemos el cuerpo sólido, el líquido, el gaseoso y el calórico [fig. p. 18]. Gracias al cuerpo calórico, el yo desarrolla la clara conciencia del día (vigílica). Pero si descendemos nos encontramos con la conciencia onírica (conciencia de sueño con sueños). Si seguimos bajando, llegamos a la conciencia dormida, en la que estamos durmiendo sin soñar. Como ya conocerán por mi “Ciencia Oculta”, ahí abajo (sombreado) existe todavía un estado de conciencia del que no necesitamos hablar ahora. Si nos preguntamos por la relación que hay en el dibujo entre lo de la derecha y lo de la izquierda, veremos que se corresponden; porque ahí (en la flecha izquierda) se va ascendiendo hasta lo anímico y ahí (flecha derecha) se desciende hasta lo corporal. Los dos lados concuerdan. Pero en la visión exterior de las cosas sólo se tiene en cuenta el cuerpo sólido y solamente este estado de conciencia (yo). El yo entonces se queda colgado en el aire y el cuerpo sólido no se levanta del suelo. No se encuentra ninguna relación entre ambos. Y si leemos las actuales enseñanzas sobre el alma, veremos que se exponen las más increíbles hipótesis sobre cómo actúa el alma sobre el cuerpo. Pero eso se debe simplemente a que sólo se tiene en cuenta una parte del cuerpo, y luego algo que se dista mucho de ello, una mera porción de lo anímico.

Que la ciencia espiritual tenga que penetrar por doquier en la totalidad, que haya de crear de hecho los puentes entre lo corporal por un lado y lo anímico por el otro, que investigue los estados en los que lo anímico se convierte en corpó-

reo y lo corpóreo en anímico, todo eso molesta a nuestros contemporáneos que quieren quedarse solamente en lo que les ofrece la parcial forma exterior de ver las cosas.

Mañana seguiremos hablando de ello.

Dornach, 18 de diciembre de 1920

Ayer intenté exponer algunos aspectos de la constitución humana global, y al final pudimos señalar cómo, con la pertinente observación íntegra de la naturaleza humana, se puede construir un puente entre el organismo humano externo y lo que desarrollamos en nuestro interior mediante la autoconciencia. La actual ciencia exterior no suele crear ese puente o lo hace de una manera muy deficiente. Ya vimos que para construirlo hay que tener claro cómo contemplar el organismo humano. Vimos que lo único que la ciencia exterior considera seriamente como estructura organizada, como organismo, es el sólido o semisólido; pero que en realidad hemos de admitir también la presencia de un organismo líquido, un organismo aéreo y un organismo calórico. Ello nos permitió comprender también cómo en ese organismo más refinado intervienen los miembros constitutivos de la entidad humana que estamos acostumbrados a considerar como tales. Naturalmente, desde lo sólido hasta lo calórico todo es cuerpo físico, pero en el cuerpo acuoso o líquido, en todo lo que se halla organizado como agua en el organismo, interviene sobre todo el cuerpo etérico; en todo lo que se halla organizado como aire, interviene el cuerpo astral; y en todo lo que se halla integrado y ordenado como calor, interviene especial-

mente el yo. Con ello permanecemos todavía en lo físico, pero dentro de lo físico podemos ascender ya a lo espiritual.

Por el otro lado nos hemos aproximado a la conciencia. Y como dije ayer, normalmente sólo observamos la conciencia que poseemos en el estado de vigilia, es decir, el estado que va desde el despertar hasta el dormirse. En él percibimos los objetos a nuestro alrededor, los combinamos con nuestro intelecto, pero también sentimos sobre ellos y vivimos en nuestros impulsos volitivos. Mas todo ese complejo de la conciencia lo vivenciamos como algo que es muy distinto, en sus propiedades, de todo lo físico que la ciencia exterior observa de forma exclusiva. Ello apenas permite establecer un puente entre esas vivencias totalmente incorpóreas que tenemos en la conciencia y las otras visiones y objetos de la percepción que se contemplan con la fisiología o anatomía físicas. Pero en lo que se refiere a la conciencia ya conocemos en la vida ordinaria, además de la conciencia vigílica diurna, la conciencia onírica (del dormir soñando); y ya vimos ayer cómo los sueños son esencialmente imágenes o símbolos de procesos orgánicos interiores. En nosotros siempre sucede algo, y eso se expresa pictóricamente en los sueños. Dijimos, por ejemplo, que soñamos en serpientes que se retuercen si tenemos algún dolor en los intestinos; soñamos en un horno muy caliente y al despertamos descubrimos que teníamos palpitaciones. El horno ardiente nos ha ofrecido el símbolo de un corazón que funciona de forma irregular; las serpientes nos han proporcionado el símbolo de los intestinos, etc. El sueño, pues, nos señala hacia el organismo. Pero la conciencia del dormir (profundo, sin sueños) es ya oscura, y para el ser humano es en realidad una vivencia de la nada. No obstante, ya mencionamos ayer que hemos de tener esa experiencia de la nada justo para sentirnos unidos con nuestra corporalidad. Nuestro yo no se sentiría unido al cuerpo si no lo abandonara, si no lo volviera a

buscar cuando despierta, sintiéndose así fusionado con él, precisamente porque se siente privado de él en el período que transcurre entre el dormirmos y el volver a despertar. Nos vemos pues conducidos de nuestra conciencia ordinaria, que sólo tiene que ver con nosotros porque nos proporciona la percepción y la representación, hacia la conciencia de sueños que ya tiene que ver con lo que hay en el cuerpo. Por tanto somos conducidos hacia el cuerpo. Y todavía nos sumergimos más en él cuando penetramos en la conciencia del dormir sin sueños. Por lo que podemos decir: Observamos por un lado lo anímico de tal modo que acaba llevándonos hacia el cuerpo, y observamos lo corporal de tal manera que, al aparecer los organismos acuoso, gaseoso y calórico, al irse refinando nuestro organismo, acaba llevándonos a lo anímico. Estas cosas hay que tenerlas totalmente en cuenta si queremos llegar a una concepción del mundo que realmente satisfaga al ser humano.

Como ya intentamos reconocer repetidas veces, el gran interrogante que nos ocupa hace ya semanas es la pregunta cardinal de la concepción humana del mundo: ¿Cómo se relaciona lo moral, la ordenación ética del mundo con su ordenación física? Ya hemos señalado con frecuencia que la actual concepción del mundo que, al acercarse el mundo sensorio exterior se apoya en la ciencia natural, y al aproximarse a lo anímico en sentido amplio –porque la psicología ya no contiene nada de eso– sólo puede refugiarse en las antiguas confesiones religiosas; pues bien, esa concepción carece de puente. Por un lado tenemos ahí el mundo físico que, según esa concepción, ha surgido de la nebulosa primordial. De ella se ha ido desprendiendo y formando todo, y todo eso volverá a convertirse en una especie de montón de escoria cósmica. Esa es la imagen exterior que nos presenta la orientación científica actual dentro de todo ese devenir que, en definitiva, es la única que honestamente

puede parecerle real al científico de la época actual. En esa imagen no cabe lo ético, la ordenación moral del mundo. Esa ordenación es algo que queda aislado totalmente, sin relación con la ordenación física del mundo. El ser humano recibe en su alma los impulsos morales como impulsos anímicos. Pero si lo que dice la ciencia natural es cierto, de la nebulosa primordial ha surgido todo lo que vive y se mueve, y finalmente el ser humano; y en el ser humano emergen los impulsos morales. Y cuando el mundo regrese al estado de escoria, ello será también el gran cementerio de todos los ideales éticos. Habrán desaparecido. No se puede crear ningún puente y, lo que es peor, si el ser humano no se vuelve inconsecuente, la ciencia actual nunca podrá admitir la verdadera moralidad de la ordenación del mundo. Sólo si esa ciencia es inconsecuente otorgará validez a la ordenación ética del cosmos; pero si es consecuente, no podrá hacerlo. Todo ello se debe a que, por un lado, sólo tenemos una anatomía de lo sólido, sin tener en cuenta que el ser humano es también portador de un organismo de lo líquido, otro de lo aéreo y otro de lo calórico. Si nos imaginamos que igual como tenemos un organismo de lo sólido configurado, en huesos, músculos, nervios, etc., tenemos también los organismos de lo líquido y de lo aéreo en los que todo está en permanente fluidez y movimiento, y además tenemos un organismo calórico, nos será más fácil entender lo que ahora voy a exponerles partiendo de las observaciones de la ciencia espiritual.

Imaginemos que una persona se entusiasma por un elevado ideal moral. El ser humano en realidad puede entusiasmarse interiormente por un ideal ético, por el ideal de la benevolencia, o de la libertad, o el ideal del bien o del amor, etc. En casos concretos puede sentirse entusiasmado por aquello que es señalado por esos idea-

les. Pero es evidente que nadie puede imaginarse que lo que sucede en el alma como entusiasmo podamos observarlo en los huesos o en los músculos tal como éstos se consideran en la fisiología o en la anatomía actual. Pero lo que sí podremos observar, si hacemos interiormente un adecuado examen de conciencia, es que cuando el ser humano se siente entusiasmado por un elevado ideal moral, ese entusiasmo interior ejerce influencia sobre el organismo calórico. ¡Y entonces ya estamos dentro de lo físico habiendo partido de lo anímico! De modo que podemos decir, al tomar este ejemplo: Los ideales éticos se manifiestan por un incremento del calor en el organismo térmico. El ser humano no sólo entra en calor anímicamente, –y aunque ello no sea fácilmente detectable con ningún instrumento físico– lo que vivencia como ideales morales incrementa su calor orgánico, es decir, estimula el organismo térmico.

Hemos de imaginárnoslo como un proceso concreto. A un entusiasmo por un ideal moral le sigue una vitalización del organismo calórico. Éste se siente revivido cuando un ideal ético pone al alma incandescente. Pero los demás organismos que contiene el ser humano quedan igualmente afectados. Al margen del organismo calórico, que en cierto sentido es su organismo físico más elevado, el ser humano posee también un organismo aéreo. Inhala y exhala aire; pero durante la inhalación y la espiración el aire está en él, si bien se halla en movimiento, en fluctuación interior. A pesar de ello, esa porción aérea constituye también un verdadero organismo gaseoso que vive en él, igual como el organismo calórico. Y cuando este último se ve estimulado por un ideal moral, como quiera que el calor se extiende y actúa en todos los organismos, el organismo aéreo se ve igualmente afectado. Pero en este último dicho efecto no pro-

*Ver
pizarra
en
p. 70*

voca un incremento del calor, sino que cuando el calor que se agita en el organismo térmico actúa sobre el organismo gaseoso le hace llegar lo que podríamos llamar una fuente de luz. Es decir, se transmiten gérmenes de irradiación luminosa al organismo aéreo. Así pues, los ideales morales que obran estimulando el organismo de calor, desprenden fuentes de luz. Pero éstas no se ven luminosas en la conciencia y en la percepción exterior, sino que se hacen perceptibles en el cuerpo astral humano. Si se me permite usar ese término físico, puede decirse que, al principio, esas fuentes de luz se hallan sujetas por el aire que el ser humano lleva en su interior. Es como si todavía fueran luz oscura, como el germen de la planta que todavía no es la planta ya desplegada. Pero lo cierto es que, por el hecho de poderse entusiasmar por los ideales o procesos éticos, el ser humano lleva consigo una fuente de luz.

Pero también tenemos el organismo líquido o acuoso. Al actuar el calor en el organismo térmico a partir de un ideal moral, al desprenderse en el organismo aéreo una fuente de luz que al principio se halla sujeta y oculta, y porque todo en el organismo humano global se comunica, en el organismo líquido se desprende aquello que ayer mencioné subyacente en las sonoridades exteriores que resuenan en el aire. El aire no es más que el cuerpo del sonido, dije ayer, y quien busque la esencia del sonido en las vibraciones del aire y se quede ahí, está hablando de los sonidos del mismo modo a como hablamos del ser humano y nos referimos solamente al cuerpo visible. El aire con sus ondas vibratorias no es otra cosa que el cuerpo exterior del sonido. El ideal moral hace que en el ser humano ese sonido no se desencadene en el organismo aéreo, sino en el organismo líquido. En éste, pues, se desprenden fuentes de

sonido. Pero tenemos aún el organismo sólido, y en él el ideal ético también produce un efecto, en él se desprende un germen de vida, un germen de vida etérico y no físico. Mas lo que en él vive como germen etérico de vida se halla en el subconsciente más profundo; y lo mismo sucede con las fuentes de sonido e incluso las fuentes de luz. Todo ello se halla oculto a la conciencia ordinaria, pero está realmente dentro del ser humano.

Imaginemos las veces que en nuestra vida nuestra alma se ha orientado hacia los ideales morales, ya sea porque sentíamos simpatía por ellos, ya sea porque los captamos como ideas, o porque los hayamos visto en los demás, ya sea porque al realizarlos nos hayamos sentido en cierto aspecto satisfechos con nuestro propio quehacer inflamado por los ideales éticos, todo ello desciende al organismo aéreo como fuente de luz, al organismo acuoso como fuente de sonido y al organismo sólido como fuente de vida. Todo ello en cierto aspecto se escapa a la conciencia humana, pero el ser humano lo lleva consigo, y se libera cuando abandona el organismo físico con la muerte. Lo que actúa así gracias a nuestros ideales morales, lo que las ideas más puras desencadenan en nuestro organismo, al principio no da frutos. Los ideales morales mismos se hacen fértiles para la vida entre nacimiento y muerte, en la medida en que permanecemos en la vida de las ideas y tenemos una cierta satisfacción por lo que hemos realizado moralmente. Pero eso, a fin de cuentas, tiene que ver con el recuerdo y no con lo que se sumerge en el organismo por el hecho de sentirnos afines con los ideales éticos.

Vemos aquí, pues, cómo todo nuestro organismo, empezando por el calórico, se ve impregnado por los ideales morales. Y cuando al morir se desprenden del

organismo físico, nuestros cuerpos etérico, astral y nuestro yo, en esos miembros constitutivos de la naturaleza humana nos hallamos impregnados de las impresiones que hemos tenido. Cuando nos vimos vivificados por los ideales morales en nuestro organismo calórico, nosotros estábamos presentes con nuestro yo en ese organismo de calor. Nos hallábamos en nuestro organismo aéreo cuando en él fueron implantadas fuentes de luz que después de la muerte salen hacia el cosmos con nosotros. En nuestro organismo líquido nos vimos afectados por el sonido que se convierte en música de las esferas, con la que nosotros resonamos en el cosmos. E igualmente llevamos vida con nosotros cuando atravesamos el portal de la muerte.

En este punto intuimos lo que es realmente la vida que se derrama en el mundo. ¿Dónde se hallan las fuentes de la vida? En aquello que estimula los ideales morales que actúan entusiasmando al ser humano. Ello nos lleva a decir que cuando hoy nos dejamos inflamar por los ideales éticos, éstos transportan sonido y luz y se convierten en elementos creadores del mundo. Llevamos hacia el cosmos aquello que crea mundos, y la fuente de la creación de mundos es lo moral.

Como verán, cuando observamos íntegramente al ser humano, encontramos un puente entre los ideales éticos y lo que ahí fuera en el mundo físico actúa químicamente y le otorga vida. Porque el sonido es lo que actúa en la química, él es quien reúne y separa las sustancias. Y lo que obra en el mundo dando luz, tiene su fuente en los estímulos morales, en los organismos calóricos de los seres humanos. Miramos hacia el futuro y allí se crean formas del mundo. E igual como en la planta hemos de retroceder al germen, en los mundos venideros que lleguen a formarse habremos de retroceder a los gérmenes que hoy yacen en nosotros mismos como ideales morales.

Observemos ahora las ideas teóricas en contraposición a los ideales morales. Con las ideas teóricas, por importantes que

sean, la cosa es totalmente distinta. En ellas se registra de hecho un amortiguamiento, un enfriamiento del organismo calórico. Por lo que hemos de decir: las ideas teóricas enfrían el organismo térmico. Esa es la diferencia que muestra en su acción sobre el organismo humano. Las ideas morales o las que se hallan orientadas de acuerdo con lo ético-religioso, aquellas que nos sumergen en un estado de entusiasmo, convirtiéndose en impulsos de nuestro actuar, obran de esa manera creando mundo. Las teóricas, al principio actúan amortiguando y enfriando el organismo de calor; ello hace que ejerzan un efecto paralizador en el organismo aéreo y entorpezcan la fuente y generación de luz. Su acción deletérea se extiende también sobre el sonido cósmico y provoca una extinción de la vida. Lo que había sido creado en el mundo anterior llega así a su fin en las ideas teóricas. Cuando las concebimos, muere en ellas un universo. Llevamos en nosotros el fenecimiento de un universo y llevamos también el amanecer de otro.

*Ver
pizarra
en
p. 71*

*Ver
pizarras
en p. 70
y p. 71*

Ideales morales:

- estimulan el organismo calórico (4)
 - desencadenan fuentes de luz en el organismo aéreo (3)
 - provocan fuentes de sonido en el organismo líquido (2)
 - suscitan gérmenes de vida (etéricos) (1)
- en el organismo sólido

Ideas teóricas:

- enfrían el organismo calórico
- efecto paralizador sobre la generación de luz
- procesos de muerte sobre el sonido
- provocan extinción de vida

Ese es también el punto donde aquel que se halle iniciado en los misterios del mundo no puede hablar como lo hacen los que mencionan la constancia de la energía o la constancia de la materia. Sencillamente no es cierto que la materia permanezca constante. La materia desaparece hasta el punto cero. Y en nuestro organismo la energía llega al punto cero cuando

pensamos teóricamente. No seríamos seres humanos si no pensáramos teóricamente, si el universo no muriera constantemente en nosotros. En realidad, gracias al fenecimiento del universo, somos seres humanos autoconscientes capaces de llegar a pensamientos sobre el universo. Pero cuando el cosmos se piensa a sí mismo en nuestro interior ya es un cadáver. El pensamiento sobre el universo es el cadáver del universo. Sólo cuando el cosmos es cadáver nos hacemos conscientes de él y nos convertimos en seres humanos. Por consiguiente, un mundo pasado muere en nosotros hasta en la materia y la energía. Y el hecho de que al mismo tiempo emerja uno nuevo no nos permite darnos cuenta de que la materia desaparece y se genera otra vez. La materialidad toca a su fin en el ser humano en virtud de su pensamiento teórico. La materia y la energía cósmica vuelven a cobrar vida gracias a su pensar moral. Así es como lo que sucede dentro de nuestra piel humana interviene en el perecer y el resurgir cósmicos. Así es como se integran lo moral y lo natural. Lo natural fenece en el ser humano; y en lo ético surge nueva naturaleza.

Como no se querían ver estas cosas, acabaron inventándose las ideas de la perdurabilidad de la materia y la energía. Si la energía y la materia fueran imperecederas no existiría ninguna ordenación moral del mundo. Hoy en día se quiere ocultar ese hecho y la actual concepción del mundo tiene motivos para ello, porque en realidad tendría que extinguir todo ordenamiento ético, y eso es lo que sucede cuando se habla de la ley de la conservación de la materia y de la energía. Pues si de un modo u otro ambos se conservan, el orden moral del universo no deja de ser una ilusión, un simulacro. Sólo se llega a entender el curso global del mundo cuando se comprende cómo a partir de esa “formación aparente” —y eso es justo lo que es al principio, porque vive en pensamientos— de esa estructura aparente que es la ordenación moral surgen

nuevos mundos. Eso no se produce con la mera observación de las partes sólidas del organismo humano, sino cuando salimos hacia el organismo líquido, el aéreo y el calórico. Sólo podemos entender la relación entre el ser humano y el mundo cuando se sigue el rastro de lo físico hasta ese grado de refinamiento y depuración donde lo anímico puede intervenir directamente en ese aspecto físico sutil, como es el caso del calor. Entonces se descubre la vinculación entre lo corpóreo y lo anímico. Por mucho que escriban los psicólogos, si parten únicamente de lo que hoy se tiene en cuenta en la anatomía y la fisiología, en esos cuerpos considerados en su aspecto sólido o semisólido, semilíquido, no podrán acceder a lo anímico. Pero cuando se siga lo corporal hasta el calor, se podrá tender un puente entre lo que existe como calor en el cuerpo y lo que actúa desde el alma en el calor del propio organismo humano.

El calor se halla exteriormente presente en los cuerpos, y también interiormente en el organismo humano, y como quiera que el calor mismo se halla organizado en el ser humano, el alma, lo anímico-espiritual, interviene en ese organismo calórico y a través de él ejerce también su acción en todo lo que vivenciamos moralmente en nuestro interior. Al hablar de moral no me estoy refiriendo al concepto de moral que se imagina el burgués, sino al conjunto de todo lo ético, como por ejemplo los impulsos que adquirimos al contemplar la magnificencia del cosmos y nos decimos: Hemos nacido del cosmos, somos responsables de lo que sucede en el mundo, si nos dejamos entusiasmar por la perspectiva de actuar hacia el futuro a partir de los conocimientos de la ciencia espiritual. Y si consideramos la ciencia del espíritu como fuente de impulsos éticos, podemos sentirnos entusiasmados al máximo por lo que es ético, y entonces ese entusiasmo basado en el conocimiento científico-espiritual se convertirá a su vez en fuente de lo ético en su sentido

superior. Pero lo que suele llamarse moral no deja de ser una fracción subordinada de lo ético en general. Todas las ideas que nos hacemos sobre el mundo exterior, sobre ordenaciones naturales acabadas, son ideas teóricas. Por mucho que nos imaginemos una máquina o el cosmos de una manera intensamente matemático-mecánica, en el sentido del sistema de Copérnico, las ideas teóricas que alcancemos en esa representación son fuerza de muerte en nosotros, constituyen en nosotros el cadáver del universo entero en forma de pensamiento, de representación.

Estas cosas permiten ir comprendiendo cada vez más la globalidad, el cosmos entero. No existen, pues, dos ordenaciones paralelas, una ordenación natural y otra moral, sino que ambas son una y la misma, y eso es lo que necesita descubrir el ser humano del presente; pues sin ello se quedará estancado y se verá obligado a decir: “¿Qué es lo que hago yo con mis impulsos morales en un mundo que sólo obedece a una ordenación natural?”. Esa era la pregunta que pesaba terriblemente en los ánimos del siglo XIX y principios del XX. ¿Cómo concebir un proceso de transición que nos lleve de lo natural a lo moral, de lo moral a lo natural? La única solución de esa pregunta candente y preñada de consecuencias para el destino consiste en comprender, con la ciencia espiritual, tanto la naturaleza como el espíritu.

Si se generan las condiciones previas que proceden de esos conocimientos, con ellas podremos también enfrentarnos a lo que en determinados campos se nos presenta como ciencia exterior, y que hoy se ha traspasado ya a la conciencia popular. Hemos de considerar la concepción copernicana del mundo como fundamento de nuestra actual visión del mundo. Esa concepción, que Kepler siguió desarrollando y Newton teorizó, fue objeto de burla hasta el año 1827 por parte de la Iglesia católica. Ningún fiel creyente de la Iglesia debía creer en ella. Pero desde ese año se le permitió creerla.

Con el tiempo, acabó introduciéndose en la conciencia popular con tanta intensidad que hoy se consideraría un pobre diablo a quien no considerara el universo de acuerdo con la concepción copernicana del mundo.

¿En qué consiste toda esa imagen del mundo de Copérnico? Algo que ha sido construido exclusivamente a partir de proposiciones, principios y concepciones matemáticas y mecánicas. Podemos comparar esa cosmovisión con la que poco a poco se fue preparando en la concepción griega del mundo, como por ejemplo la imagen del mundo de Ptolomeo, que todavía conservaba restos de anteriores estructuras de pensamiento, pero que luego se fue desarrollando hasta convertirse en la concepción de Copérnico que hoy aprenden todos los niños en la escuela. Y podemos retroceder a épocas aún anteriores de la humanidad, donde encontraremos otra imagen del universo. De ella nos quedan tan solo aquello que conservan las tradiciones, con un fundamento, por cierto muy superficial, en forma de astrología y cosas parecidas, que no dejan de ser un resto de la antigua astronomía. O bien pueden conservarse en forma de algo que se ha osificado, anquilosado, como sucede en los símbolos utilizados por ciertas sociedades ocultas o masónicas. Por lo general se desconoce que ello son restos de la antigua astronomía, de una astronomía distinta, no basada en principios meramente matemáticos como la actual, sino que era producto de antiguas visiones clarividentes. Hoy en día nos hacemos una imagen errónea sobre el modo en que la humanidad antigua llegaba a sus representaciones astronómicas. En realidad llegaban a ellas mediante ciertas visiones clarividentes del universo. Los más antiguos pueblos postatlantes percibían formas y seres espirituales en los cuerpos celestes, en tanto que el ser humano actual sólo ve en ellos meras formas físicas. Cuando esos pueblos antiguos hablaban de los astros, planetas o estrellas, se estaba hablando de

seres espirituales. Hoy en día suele imaginarse que el sol es una especie de bola de gas que irradia luz hacia el cosmos, precisamente porque es una esfera de gas incandescente. Pero para los pueblos antiguos el sol era un ser vivo, y en lo que se les aparecía como sol ante sus ojos, veían simplemente la expresión corporal exterior de ese ser espiritual, que revelaba su presencia en el lugar donde se halla el sol ahí fuera. Y lo mismo sucedía con los demás cuerpos celestes. Hemos de imaginarnos que hubo un tiempo, muchísimo antes del Misterio del Gólgota en que todo lo que existe ahí fuera como astros era representado como seres espirituales; y que en un período, digamos, intermedio, ya no se sabía muy bien cómo había que representárselos, pues por un lado se los percibía como algo físico, pero a su vez se los consideraba habitados de alma. En esas épocas en las que ya no se sabía cómo lo físico va convirtiéndose en anímico, y lo anímico va haciéndose poco a poco físico, y cómo en el fondo ambos son una unidad, se estipuló por un lado lo físico y por el otro lo anímico. Entonces se los consideró en su unión, como suelen hacerlo hoy la mayoría de los psicólogos al admitir lo anímico fusionado con lo físico en el ser humano, lo que al fin y al cabo acaba conduciendo a un pensar absurdo.

Luego vino la época en que se veían los cuerpos celestes como entidades meramente físicas que orbitan o se mantienen en el cielo, se atraen o se repelen siguiendo leyes matemáticas. De todos modos, en todas las épocas hubo un cierto conocimiento, al principio más instintivo, de cómo son realmente las cosas. Pero ahora el saber instintivo no basta, y se ha de alcanzar con plena consciencia lo mismo que antaño se supo instintivamente. Y si nos pregunta-



I



II

mos cómo se representaban el sol los que podían reconocer el universo de una manera integral, es decir, en su faceta física, anímica y espiritual, podremos decir: Se representaban el sol primero como ser espiritual (dibujo I). Los Iniciados consideraban a ese ser espiritual como la fuente de todo lo moral. Es lo que ya mencioné en mi *Filosofía de la Libertad* al decir que las intuiciones morales se extraen de esa fuente, se extraen de dentro de la Tierra; y brillan desde el ser humano, desde lo que en él puede vivir como entusiasmo moral (II).

Piensen cómo aumenta nuestra responsabilidad cuando sabemos que si no hubiera nadie en la Tierra capaz de inflamarse en su alma con ideales éticos o espirituales de algún tipo, no contribuiríamos al avance de nuestro mundo, a una nueva creación, sino a la extinción de nuestro mundo. Esa fuerza iluminadora (dibujo III) que se halla aquí en la Tierra actúa irradiando hacia el cosmos. No obstante, el elemento moral que vive en el ser humano y que irradia desde la Tierra, al principio pasa inadvertido para la percep-



III



IV

ción humana ordinaria. Si por toda la Tierra se extendiera una triste época en que millones y millones de personas cayeran en la carencia de espíritu –lo espiritual concebido como elemento que incluye lo moral– con sólo que hubiera una docena de personas dotadas de un luminoso entusiasmo ético-espiritual, la Tierra seguiría irradiando de una manera solar-espiritual. Lo que allí irradia se extiende hasta una determinada distancia, y al llegar a ese límite se refleja en sí mismo, surgiendo así la imagen refleja de lo que irradia desde el ser humano. Y ese reflejo es lo que los Iniciados antiguos veían como sol. Pues, como ya he mencionado a menudo, en él no hay nada físico. Allí donde la astronomía exterior dice que hay una bola de gas incandescente, en realidad hay tan solo un reflejo de algo espiritual que se manifiesta físicamente (IV).

Pueden ver cómo la concepción del mundo de Copérnico y la antigua astrología están muy lejos de lo que era misterio de la Iniciación. El modo en que se relacionan estas cosas lo expresa elocuentemente el hecho de que en la época en que ya tenían un gran poder los grupos que consideraban esas verdades peligrosas para la masa y no querían transmitir las, en esa época, fue asesinado un idealista como *Juliano*, llamado el apóstata porque quería

transmitirlas al mundo. Existen razones por las que ciertas sociedades secretas no quieren transmitir al mundo los secretos más hondos, porque así pueden ejercer cierto poder. Si en la época del emperador Juliano ciertas sociedades secretas custodiaban con tanta intensidad sus secretos que hasta hicieron asesinar al emperador, no hemos de extrañarnos que los custodios de ciertos misterios que quieren conservarlos para desplegar su poder sobre la masa, sienten odio ante el hecho de que se desvelen al menos los principios de ciertos misterios. Cómo verán, esa es una de las razones profundas del porqué en el mundo existe tanto odio sobre lo que la ciencia espiritual se siente en el deber de transmitir a la humanidad en la época actual. Pero vivimos en un período en que o se hunde la civilización terrestre o se transmiten a la humanidad de la Tierra determinados misterios: esas cosas que de un modo determinado habían sido custodiadas hasta ahora, que habían llegado antaño a la humanidad mediante la clarividencia instintiva, hoy han de volver a lograrse con la visión plenamente consciente no sólo de lo físico sino también de lo espiritual que en él subyace. ¿Qué es lo que quería Juliano el Apóstata? Quería que la gente comprendiera: „Os estáis acostumbrando cada vez más a ver solamente el sol físico; ¡pero existe un sol espiritual, del que el físico no es más que su espejo!“. A su manera intentaba comunicar al mundo el misterio de Cristo. Pero se quiere ocultar la relación que Cristo, el sol espiritual, tiene con el sol físico. Por eso determinados grupos que ostentan el poder se enfurecen muchísimo cuando se habla del misterio de Cristo con relación al sol. Y por eso lanzan todo tipo de calumnias. Mas como pueden ver, la ciencia espiritual en nuestra época es un asunto muy importante. Sólo quien la considere como tal, la contempla con toda la seriedad que se merece.

Dornach, 19 de diciembre de 1920

El ser humano se sitúa en el mundo por un lado como observador y por otro como actor, y en medio de ambos estados se halla situado con su sentir. En el sentir se halla entregado por una parte a lo que resulta de su observación y por otra participa afectivamente en su actuar. Bástenos con reflexionar lo satisfecho o insatisfecho que puede estar el ser humano ante los éxitos o fracasos de su propia acción, y cómo, a fin de cuentas, toda actividad se acompaña de impulsos emotivos. Con lo que podremos comprobar que nuestro ser ligado al sentimiento de hecho vincula ambos polos opuestos: aquello en nosotros que observa y aquello que actúa. El simple hecho de que seamos seres que observan nos hace realmente seres humanos en el más pleno sentido de la palabra. Fijémonos en que todo lo que nos otorga la consciencia de que somos seres humanos se relaciona con el hecho de que podemos reproducir y observar interiormente el mundo que nos rodea. Considerar simplemente que no pudiéramos observar el mundo equivaldría a acabar con toda nuestra existencia humana. Como seres humanos activos nos hallamos inmersos en la vida social; todo lo que realizamos entre nacimiento y muerte tiene determinadas implicaciones sociales.

Ahora bien, ya sabemos que en la medida en que somos seres de observación vive en nosotros el pensamiento, y en la medida en que somos seres de acción, y por tanto seres

sociales, vive en nosotros la voluntad. Pero en la naturaleza humana, ni en la realidad, las cosas no se pueden colocar unas junto a otras de una manera intelectual, sino que lo que actúa en la existencia puede describirse en ambos sentidos. Las cosas y las fuerzas del mundo confluyen entre sí. Con el pensar podemos imaginarnos que somos seres de pensamiento y que somos seres de voluntad. Pero incluso cuando nos hallamos en un estado totalmente contemplativo, en plena quietud exterior, la voluntad está continuamente activa en nosotros. E igualmente cuando estamos actuando, también actúa el pensamiento. Es impensable que salga algo de nosotros como seres en acción, que algo se vuelque en la vida social, sin que nos identifiquemos mentalmente con lo que ahí sucede. En todo lo volitivo vive lo pensante, en todo lo pensante vive lo volitivo. Y es imprescindible que tengamos claras estas cosas si queremos construir seriamente el puente del que he hablado tantas veces, el puente entre la ordenación moral del mundo y el orden natural.

Supongamos por un momento, en el sentido de la ciencia natural ordinaria, que estuviéramos viviendo durante un rato inmersos en la pura reflexión, sin movernos en absoluto, sin ejercer acción alguna, es decir que estuviéramos inmersos en una vida de pura representación. Pues bien, en esa vida de la representación se halla activa la voluntad que obra en nuestro interior y despliega sus fuerzas en la región de la representación. Precisamente cuando observamos al hombre pensante y cómo sin cesar irradia su voluntad en sus pensamientos una cosa tendrá que llamarnos la atención sobre la vida real. Descubriremos que los pensamientos que captamos siempre se vinculan con algo que se halla en nuestro entorno entre nuestras experiencias. En el período entre el nacimiento y la muerte sólo concebimos pensamientos que nos trae la vida. Si nuestra experiencia es rica,

tendremos un contenido rico en pensamientos; si la experiencia es pobre, igualmente pobre será nuestro contenido en pensamientos. Ese contenido mental es en cierto sentido nuestro destino interior. Pero dentro de esa vivencia pensante existe algo que nos es totalmente propio: El modo en que vinculamos y desvinculamos los pensamientos, la manera en que los elaboramos interiormente, en que enjuiciamos y sacamos conclusiones, el modo en que a fin de cuentas nos orientamos en la vida mental, todo eso es propio de cada uno. La voluntad en nuestra vida de pensamientos es nuestra voluntad totalmente propia.

Si observamos esa vida mental y la ponemos minuciosamente a prueba, habremos de decir que, en cuanto a su contenido, los pensamientos vienen a nosotros desde fuera, mientras que el cómo los elaboramos procede ya de nosotros. Por eso, en el fondo, en lo que se refiere a nuestro mundo de pensamientos, dependemos totalmente de lo que podemos vivenciar gracias al nacimiento en el que nos hemos visto sumergidos por el destino, por las vivencias que podamos tener. Pero en aquello que viene a nosotros desde el exterior aportamos lo que es de nuestra propiedad mediante la voluntad que irradia desde las honduras del alma. Es enormemente importante, para consumir lo que el autoconocimiento quiere de nosotros los humanos, que distingamos cómo, por un lado, viene a nosotros el contenido de los pensamientos desde el mundo circundante, y cómo, por el otro, irradia desde nuestro interior en ese mundo pensamientos la fuerza de la voluntad que emana de dentro.

¿De qué modo nos vamos espiritualizando paulatinamente en nuestro interior? No nos hacemos más espirituales acogiendo el máximo posible de pensamientos desde el entorno, porque en el fondo esos pensamientos no hacen más que reproducir en imágenes el mundo exterior de índole

físico-sensible. Si nos limitamos a seguir las sensaciones de la vida no nos espiritualizamos. Sólo nos hacemos más espirituales cuando realizamos un trabajo volitivo interior dentro de los pensamientos. Por esa razón, el meditar consiste no en la mera entrega a un juego de pensamientos, sino en situar pocos pensamientos, fácilmente observables y comprobables, en el centro de la conciencia, pero situándolos en dicho centro con una intensa voluntad. Y cuanto más intensa sea esa irradiación volitiva interior dentro del elemento en el que se hallan los pensamientos, tanto más espirituales nos vamos volviendo. Si acogemos pensamientos del mundo exterior físico-sensorial –y esos son los únicos que podemos acoger entre nacimiento y muerte– en esa misma medida dejamos de ser libres, porque nos vemos librados a los nexos del mundo externo. Si tenemos en cuenta el contenido del pensamiento, hemos de pensar de la manera como nos prescribe el mundo de fuera. Sólo nos hacemos libres cuando lo elaboramos interiormente.

Ahora bien, existe una posibilidad de ser libres del todo dentro de la propia vida interior, cuando se excluye el contenido del pensamiento en la medida en que viene de fuera, cuando se lo excluye cada vez más y se activa especialmente el elemento volitivo que irradia en el enjuiciamiento, en la extracción de conclusiones. Con ello se hace que nuestro pensar se sitúe en el estado que en mi “Filosofía de la Libertad” llamé pensar puro. Entonces pensamos, pero en nuestro pensar sólo vive la voluntad. Recalqué sobre todo ese hecho en la nueva edición (1918) de la „Filosofía de la Libertad“. Lo que allí vive en nosotros, vive en la esfera del pensar. Pero cuando se ha convertido en pensar puro se lo puede considerar también pura voluntad. Así pues, ascendemos y elevamos el pensar a voluntad cuando nos hacemos interiormente libres, cuando maduramos nuestro pensar hasta el punto de verse totalmente impregnado por la voluntad, sin que reciba nada de fuera, pues vive ya del todo en la

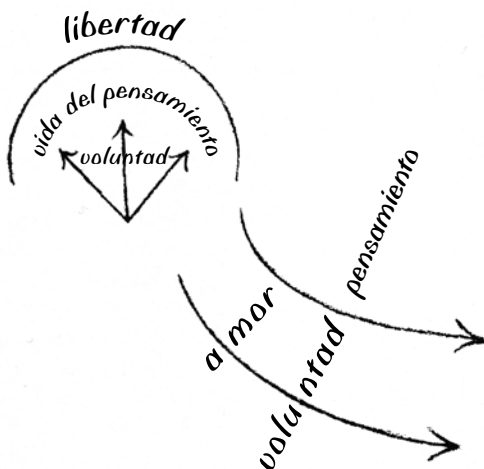
voluntad. Pero justo por el hecho de intensificar cada vez más lo volitivo en el pensar, nos preparamos para lo que en la „Filosofía de la Libertad“ llamé la imaginación ética, y que asciende a las intuiciones morales que impregnan e interpenetran nuestra voluntad hecha pensamiento, nuestro pensamiento hecho voluntad. De ese modo, elevándonos desde la necesidad físico-sensorial, nos irradiamos con lo que es propiamente nuestro y nos preparamos para la intuición moral. Es en esas intuiciones morales que descansa todo lo que en principio puede llenar al ser humano desde el mundo espiritual. Por consiguiente, la libertad empieza a vivir cuando en nuestro pensar hacemos que la voluntad se vaya haciendo cada vez más poderosa.

Contemplemos al ser humano desde el otro polo, el volitivo. Cuando actuamos, ¿en qué momento se nos presenta al alma la voluntad de forma especialmente clara? Cuando estornudamos, estamos haciendo algo, pero no nos vemos en disposición de atribuirle a ese acto un especial impulso de la voluntad. Cuando hablamos, también hacemos algo y allí también subyace la voluntad. Pero consideremos cuántas cosas voluntarias e involuntarias se entremezclan en nuestro hablar. Hemos de aprender a hablar y lo hacemos sin tener que formar cada palabra aislada de una forma voluntaria, pues algo instintivo interviene en el hablar. Eso es lo que sucede al menos en la vida ordinaria y especialmente en personas que aspiran poco hacia el espíritu. Los parlanchines que constantemente han de tener la boca abierta para decir algo en donde no hay demasiado pensamiento permiten a los demás constatar que en el hablar hay mucho de instintivo e involuntario – y digo que lo constatan los demás, porque ellos mismos no se dan cuenta. Pero cuanto más nos salimos de nuestro aspecto orgánico y nos vamos traspasando a la actividad de algún modo liberada del organismo, tanto más introducimos los pensamientos en nuestra activi-

dad. El estornudar todavía se sumerge plenamente en lo orgánico, el hablar lo hace aún en gran parte, el andar ya muy poco y aún menos lo que hacemos con las manos. Y de ese modo, paulatinamente, se va llegando a actos que cada vez están más liberados de lo orgánico. Esas acciones las seguimos con nuestro pensamiento, aunque no sepamos cómo interviene la voluntad en ellas. Y si no somos sonámbulos y en ese estado estamos actuando, nuestros actos estarán siempre acompañados de pensamientos. En nuestra acción introducimos los pensamientos y cuanto más se desarrolla nuestra actividad, tanto más lo hacemos.

Como ven, cada vez nos vamos interiorizando más en la medida en que insuflamos en el pensar nuestra propia fuerza como voluntad, y hacemos que el pensar se impregne totalmente de ella. Introducimos la voluntad en el pensar y con ello alcanzamos la libertad. La adquirimos en la medida en que vamos desarrollando nuestra acción insertando en ella los pensamientos. Con nuestros pensamientos, ejercemos una irradiación sobre nuestro quehacer, que emerge de la voluntad. Por un lado vivimos hacia dentro en una vida de pensamientos; la impregnamos con la voluntad, y de ese modo encontramos la libertad. Por el otro lado, nuestras acciones fluyen desde nosotros hacia fuera; y las impregnamos con nuestros pensamientos.

Pero ¿qué es lo que hace que nuestros actos sean cada vez más instruidos? Para usar una expresión algo discutible, ¿cómo llegamos a que nuestra acción sea cada vez más perfecta? Pues desarrollando en nosotros la fuerza que sólo podemos llamar entrega al mundo exterior. Cuando más crezca esa entrega, tanto más nos estimula ese mundo a la acción. Mas al encontrar el camino para entregarnos al mundo exterior llegamos a impregnar con pensamientos aquello que subyace en nuestro actuar. ¿Qué es esa entrega al mundo exterior? Una entrega que nos invade,



Ver
pizarra
en
p. 72

que satura nuestra acción con los pensamientos, no es otra cosa que *amor*:

De la misma manera como llegamos a la libertad saturando la vida del pensar con la voluntad, igualmente llegamos al amor impregnando de pensamientos la vida volitiva. En nuestro actuar desarrollamos amor haciendo que los pensamientos irradien en lo volitivo; desarrollamos libertad en nuestro pensar haciendo que lo volitivo impregne los pensamientos. Y puesto que como seres humanos somos una entidad integral, una totalidad, cuando llegamos a encontrar la libertad en nuestra vida cogitativa y el amor en nuestra vida volitiva, colaboran la libertad en nuestra acción y el amor en nuestro pensar. Se irradian mutuamente, y nosotros realizamos una actividad, una actividad saturada de pensamientos en el amor, un pensar henchido de voluntad, desde el cual surge a su vez la acción en libertad.

Vemos así cómo crecen unidos en el ser humano los dos supremos ideales: libertad y amor. Y la libertad y el amor son lo que el ser humano, al estar situado en el mundo, puede convertir en realidad en sí mismo, de modo que ambos se unan para el mundo justo a través del ser humano.

Habremos de preguntarnos entonces: ¿de qué manera se alcanza ese ideal supremo en esa vida de pensamientos impregnada de voluntad? Si la vida mental fuera algo que expresara procesos materiales, la voluntad nunca llegaría a penetrar en la esfera de los pensamientos ni se asentaría paulatinamente en ésta. Supongamos que ahí hubiera procesos materiales, en tal caso la voluntad podría irradiar en ellos, por lo menos organizándolos. Pero el hecho es que la voluntad sólo puede actuar si la vida de los pensamientos carece de realidad física exterior, si esa vida mental está privada de realidad física externa. ¿Qué ha de suceder pues?

Lo veremos claramente si partimos de una imagen. Si tuviéramos aquí un espejo y allí un objeto; veríamos cómo el objeto se refleja en él. Si luego nos situamos detrás del espejo no encontraremos ese objeto (que parecía estar detrás de su superficie). Sólo existe una imagen. Esa existencia en forma de imagen es la que tienen nuestros pensamientos. ¿Y cómo es que tienen esa índole de imagen? Recordemos lo que dije sobre la vida del pensamiento. Como tal, propiamente, no es realidad en el momento actual. La vida mental irradia hacia nosotros desde lo prenatal, desde la existencia anterior a que fuéramos concebidos en el seno materno. La realidad de la vida del pensamiento se halla entre la muerte y el nuevo nacimiento. Y así como aquí se halla el objeto ante el espejo y en este último sólo se producen imágenes, del mismo modo lo que desarrollamos como vida mental en el fondo vive en su plena realidad entre la muerte y el nuevo nacimiento y desde allí irradia en esta vida que vivimos desde el nacimiento. Como seres pensantes tenemos en nosotros una realidad que

es mera imagen refleja. Ello permite que la otra realidad que emana de nuestro metabolismo pueda irradiar e impregnar la realidad meramente refleja de la vida del pensamiento. Si queremos desplegar el pensar desprejuiciado, lo que en este aspecto es muy escaso hoy en día, veremos con la máxima claridad que la vida mental posee una realidad de pura imagen refleja, si tenemos en cuenta el pensar más puro, el pensar matemático. Ese pensar emerge enteramente desde nuestro interior, pero no deja de tener una naturaleza de imagen refleja. Con las matemáticas podemos determinar todos los objetos exteriores; pero los pensamientos matemáticos mismos, son sólo pensamientos y, como tales, poseen una mera existencia de imagen. Son algo que no ha surgido de ninguna realidad exterior.

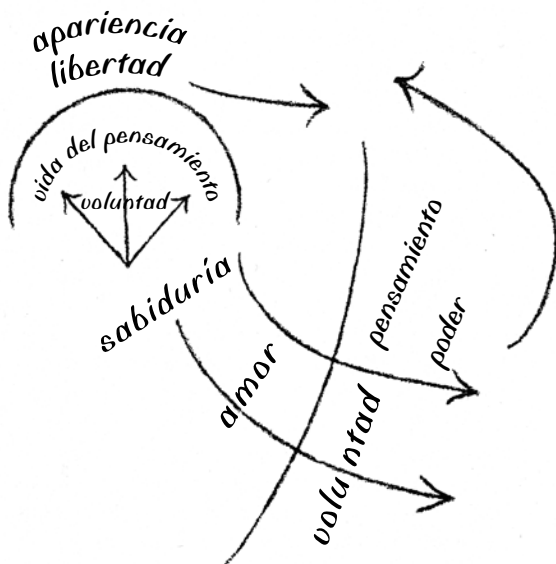
Espíritus abstractos como Kant utilizan también un término abstracto para ello. Pues dicen: Las representaciones matemáticas son *a priori*. Es decir, existen antes de que haya nada ahí fuera. Pero ¿por qué las ideas matemáticas son *a priori*? Porque irradian hacia nosotros desde la existencia prenatal, o anterior a la concepción. Eso es lo que provoca su apriorismo. El hecho de que le parezcan reales a nuestra conciencia se debe a que se hallan impregnadas por la voluntad. Esa saturación volitiva las hace reales. Consideren por una vez cuán abstracto se ha hecho el pensamiento moderno, usando palabras abstractas para algo cuya realidad nos permanece invisible. El hecho de que traigamos con nosotros las matemáticas desde nuestra existencia prenatal, ya lo intuía Kant y por ello llamaba *a priori* a los juicios matemáticos. Pero diciendo *a priori* no se dice nada más, pues no se está señalando a ninguna realidad, sino a algo puramente formal.

Al referirse a la vida del pensamiento, que en su existencia de imagen-refleja ha de ser impregnada por la voluntad para convertirse en realidad, las antiguas tradiciones y representaciones hablan de *apariencia* (véase el dibujo de la p. 61).

Contemplemos el otro polo del ser humano, donde los pensamientos irradian sobre lo volitivo, donde se hacen las cosas con amor: en cierto modo ahí nuestra consciencia rebota en la realidad. A menos que lleguemos a captar representaciones suprasensibles, no podemos contemplar el interior de ese reino de oscuridad –reino de oscuridad para la consciencia– donde se despliega la voluntad ya simplemente cuando levantamos un brazo o giramos la cabeza. Movemos el brazo, pero el complejo proceso que tiene lugar en ese movimiento pasa inadvertido para nuestra consciencia ordinaria, ahí somos tan inconscientes como cuando dormimos sin tener sueños. Vemos nuestro brazo, vemos cómo nuestra mano puede asir las cosas, y lo vemos porque impregnamos todo ello con representaciones y pensamientos. Pero los mismos pensamientos que se hallan en nuestra consciencia, también siguen siendo mera apariencia. Mas lo real es aquello en lo que vivimos y que no emerge a la consciencia ordinaria. Las antiguas tradiciones hablaban ahí de *poder*, pues aunque el pensamiento sature aquello en lo que vivimos como realidad, en cierta manera es rebotado por ella en la vida entre nacimiento y muerte (ver dibujo).

Entre ambos se encuentra el equilibrio, algo que une la voluntad que irradia hacia la cabeza, y los pensamientos que nuestro corazón siente con amor en nuestra acción: me refiero a la vida del sentimiento, capaz de orientarse a la vez hacia lo volitivo y hacia el pensamiento. En la conciencia ordinaria vivimos en un elemento con el que captamos lo que se expresa en nuestro pensar saturado de voluntad y que va entrando en la esfera de la libertad; y con el que también intentamos impregnar cada vez más de pensamientos aquello que se transfiere a nuestra acción. Lo que tiende el puente de unión entre ambos fue llamado desde tiempos antiguos *sabiduría* (véase dibujo).

En su cuento sobre „La serpiente verde y la bella azu-



Ver
pizarra
en
p. 72

cena“, Goethe menciona a los tres reyes, el de oro, el de plata y el de bronce, refiriéndose así a esas antiguas tradiciones. También hemos mostrado, desde otros puntos de vista, cómo esos tres elementos, de los que daba indicios un antiguo conocimiento instintivo, han de volver a revivir, pero de una forma totalmente distinta, y cómo sólo pueden cobrar nueva vida cuando el ser humano acoge los conocimientos de la Imaginación, la Inspiración y la Intuición.

Mas ¿qué es lo que sucede realmente cuando el ser humano desarrolla su vida de pensamientos? Una realidad se convierte en apariencia. Es muy importante tener eso en cuenta. Llevamos con nosotros nuestra cabeza que, en su osificación y en su tendencia a la calcificación, representa ya una imagen exterior del cuerpo ya muerto, en comparación con el resto del organismo corporal más fresco. Entre nacimiento y muerte llevamos en nuestra cabeza algo que se abre paso hasta nosotros

como apariencia, y que procede de un período anterior donde era real. Desde el resto del organismo irradiamos esa apariencia con el elemento real que procede de nuestro metabolismo, con el elemento de la voluntad. Ahí se produce entonces la formación de un germen, que al principio transcurre en nuestro elemento humano, pero posee una importancia cósmica. Consideremos que alguien nace en un año cualquiera y que antes estaba en el mundo espiritual. Sale de dicho mundo del espíritu haciendo que lo que antes era realidad como pensamiento se convierta en él en apariencia; y en esa apariencia derrama la actividad volitiva que procede de una dirección totalmente distinta, emergiendo del resto del organismo no cefálico. Eso hace que el pasado que muere al convertirse en apariencia vuelva a verse vivificado por lo que irradia en la voluntad, para convertirse en la realidad del futuro.

Entendamos bien el proceso. ¿Qué es lo que sucede cuando el ser humano se eleva al pensar puro, es decir, saturado de voluntad? En base a lo que la apariencia ha disuelto —es decir, el pasado— y por la fructificación que provoca la voluntad surgida de la propia yoidad, en él se desarrolla una nueva realidad en el porvenir. El ser humano es el portador del germen del futuro. El suelo materno de ello son los pensamientos reales del pasado y en ese suelo se sumerge lo que procede del individuo y el germen es enviado hacia el futuro para una vida venidera.

Por otro lado, al impregnar con pensamientos sus acciones, es decir, su elemento volitivo, el ser humano desarrolla lo que realiza con amor. Es algo que se desprende de él. Nuestros actos no se quedan con nosotros. Se convierten en acontecer del mundo; y si se hallan impregnados de amor, el amor les acompaña. Cósmicamente hablando, una acción egoísta es algo muy distinto a una acción saturada de amor. Cuando a partir de la apariencia, y por la fecundación que provoca la voluntad, desarrollamos lo que surge de nuestro interior, lo que emana así de nuestra cabeza hacia el mundo se encuentra con nuestros actos impregnados de

pensamiento. Igual como sucede cuando se desarrolla una planta, y en su flor se halla el germen que habrá de encontrar ahí fuera el sol y el aire, y ha de haber algo que venga hacia ella desde el cosmos para que pueda crecer, del mismo modo lo que se desarrolla mediante la libertad, ha de encontrarse con un elemento de crecimiento que viene de fuera, con el amor que vive en los actos (véase el dibujo en la p. 61).

De ese modo el ser humano se halla inserto en el devenir universal y lo que sucede dentro de su piel y lo que sale de ella como actos, no tiene significado sólo para él, es un acontecer cósmico. El ser humano se halla situado en el quehacer del universo. Por un lado lo que era real en la época prenatal se convierte en apariencia en el ser humano y ello hace que se extinga constantemente la realidad; y al ser fecundada esa apariencia por la voluntad emerge una realidad nueva. Ahí tenemos cómo hay que captar espiritualmente lo que ya dijimos desde otros enfoques. No existe una permanencia de la materia. Ésta se transforma en apariencia y la apariencia es elevada de nuevo a nivel de realidad mediante la voluntad humana. Lo que en la concepción física del mundo se nos dice sobre la ley del mantenimiento de la materia y de la energía es una imagen falsa, porque sólo se contempla la imagen del mundo natural. En realidad la materia se extingue constantemente al convertirse en apariencia, y surge algo nuevo gracias a lo que se nos presenta como la estructura suprema del cosmos, el ser humano. Gracias a él la apariencia se transforma de nuevo en existencia real.

En el otro polo podemos ver también ese hecho, si bien no es tan fácil de percibir como éste, porque los procesos que finalmente conducen a la libertad en el fondo sólo puede vislumbrarlos el pensar sin prejuicios, y para apreciar adecuadamente estos procesos hace falta ya un cierto grado de desarrollo científico-espiritual. Pues, al principio, la conciencia ordinaria colisiona con el poder. Lo que se exterioriza en el

poder y con la fuerza lo satura de pensamientos; pero la conciencia ordinaria no se da cuenta de que igual como aquí en el mundo mental penetra cada vez más voluntad y resolución, e igual como introducimos los pensamientos en lo volitivo, y vamos extirpando el poder, estamos con ello impregnando lo que es mero poder con la luz del pensamiento. En un polo del ser humano, vemos la superación de la materia; en el otro polo vemos la nueva generación de materia.

Como ya insinué en mi libro “Sobre los enigmas del alma”, sabemos que el ser humano es un ser tripartito: como hombre neurosensorial es portador de la vida del pensamiento y de la percepción; como hombre rítmico, en su circulación sanguínea y respiración, es portador de la vida del sentimiento; y como hombre metabólico-motor es portador de la vida volitiva. Pero, ¿cómo se despliega el metabolismo en el ser humano cuando la voluntad se va convirtiendo cada vez más en amor? Pues en el hecho de que el ser humano es un ser que actúa, por lo que en realidad se supera constantemente la materia. ¿Y qué es lo que se despliega en el ser humano cuando, como ser libre, se va introduciendo a sí mismo en el pensar puro que en realidad es de naturaleza volitiva? Surge la materia. Llevamos en nosotros mismos lo que hace generar la materia: nuestra cabeza. Y en el sistema de nuestras extremidades, de nuestro metabolismo, somos portadores de lo que destruye la materia, evidenciándose cómo se aniquila la materia.

Eso equivale a contemplar al ser humano en su totalidad. Lo que sólo suele ser captado dentro de la conciencia humana como abstracciones, participa en el devenir del mundo como elemento real; mientras que se disuelve en la nada lo que subyace en el devenir del mundo, aquello a lo que se aferra la conciencia capaz de representárselo sólo como realidad. Eso es una realidad para la conciencia ordinaria, y cuando la cosa no funciona con las realidades exte-

riores, al menos habrán de ser los átomos, que son realidades rígidas. Y como no podemos liberarnos con nuestro pensar de esas realidades petrificadas, permitimos que se entremezclen, una vez de una manera, otra vez de otra. En un caso se convierten en hidrógeno, en otro en oxígeno, agrupándose de otra manera, porque no se puede hacer otra cosa que considerar retenido en la realidad lo que se ha retenido ya en el pensamiento.

Suponer la existencia de átomos fijos, eternos, no es más que una debilidad del pensamiento. Lo que se nos presenta ante el pensar de la realidad es que lo material se va extinguiendo constantemente en la nada. Y sólo porque, al perecer lo material, se está generando constantemente nueva materia, sólo por ello habla el ser humano de la perennidad de la materia. Cae en el mismo error en el que cae quien contempla cómo se introducen en una casa una serie de documentos que luego se copian en ella quemando después los originales, y ve acto seguido como vuelven a salir de la casa, pero piensa que son los mismo documentos que entraron. En realidad, los antiguos han sido incinerados y se han escrito nuevos. Lo mismo sucede con el devenir del mundo, y es importante que llegemos hasta este punto con el conocimiento. Pues allí donde en el ser humano perece la materia emergiendo materia nueva, allí se asienta la posibilidad de la libertad y la del amor. Libertad y amor se pertenecen mutuamente, como ya expuse en mi “Filosofía de la Libertad”.

Quien hable de la eternidad de la materia, influido por alguna concepción del mundo, aniquila por un lado la libertad y extingue por el otro el amor plenamente desarrollado. Pues sólo en virtud de que en el ser humano perece totalmente lo pasado convirtiéndose en apariencia y surge lo futuro convirtiéndose enteramente en germen, sólo por ello emerge en él tanto el sentimiento de amor, que equivale a la entrega a algo contra lo que no es rebotado por lo pasado;

como la libertad, que es un actuar a partir de lo que no está predeterminado. La libertad y el amor, en realidad sólo son comprensibles para la concepción científico-espiritual del mundo. Quien se haya sumergido en la imagen del mundo que ha ido apareciendo en los últimos siglos, podrá también calibrar cuántas dificultades ha de superar con el pensar habitual de la humanidad moderna, para llegar a impregnarse con el pensar desprejuiciado de la ciencia del espíritu. Pues en la moderna imagen del mundo que nos dan las ciencias naturales no hay ningún punto de apoyo que nos permita llegar tan lejos como para comprender realmente la libertad y el amor.

En otra ocasión hablaremos de cuál es la actitud que habrían de adoptar, por un lado, la imagen científico-natural del mundo y, por otro, las antiguas cosmovisiones tradicionales, ante el desarrollo científico-espiritual de la humanidad con un enfoque realmente progresivo.

Pizarras y facsímiles

Phys. Brg.: Phys. Leib.

1) Fester Brg.: Phys. Leib

2) Flüssig Brg.: Aetherleib

3) Luftartige Brg.: Astral. Leib.

4) Wärme Brg.: Ich.

Aetherleib.

Phys. Leib

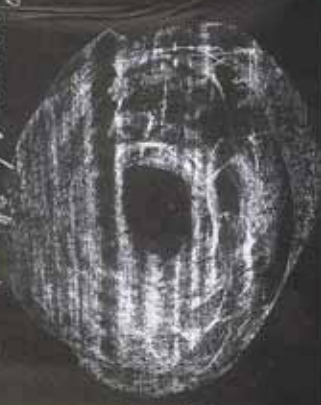
17. Febr. 1920.

1. Jh. - Welt - Mikroorganismen = Warmwasser.

18. J. - Pflanzen = Luftorganismen = Lichtwasser

19. J. - Vorkellen = Stoffwechselorganismen, Chem. Arbeit

| | | |
|--------|--------|--|
| Natur | Leben | |
| Leb. | Fremde | |
| Fremde | Leben | |



17. Dezember, 1920

Mondliche T. d. e. l. : Amorgand auf den bläuergergergergerger 4
 auslöfen im Luftorganismen 3 Lg
 auslöfen im Flüssigkeitsorg. 2 Tm
 auslöfen im Fester Org. 1 Lekt

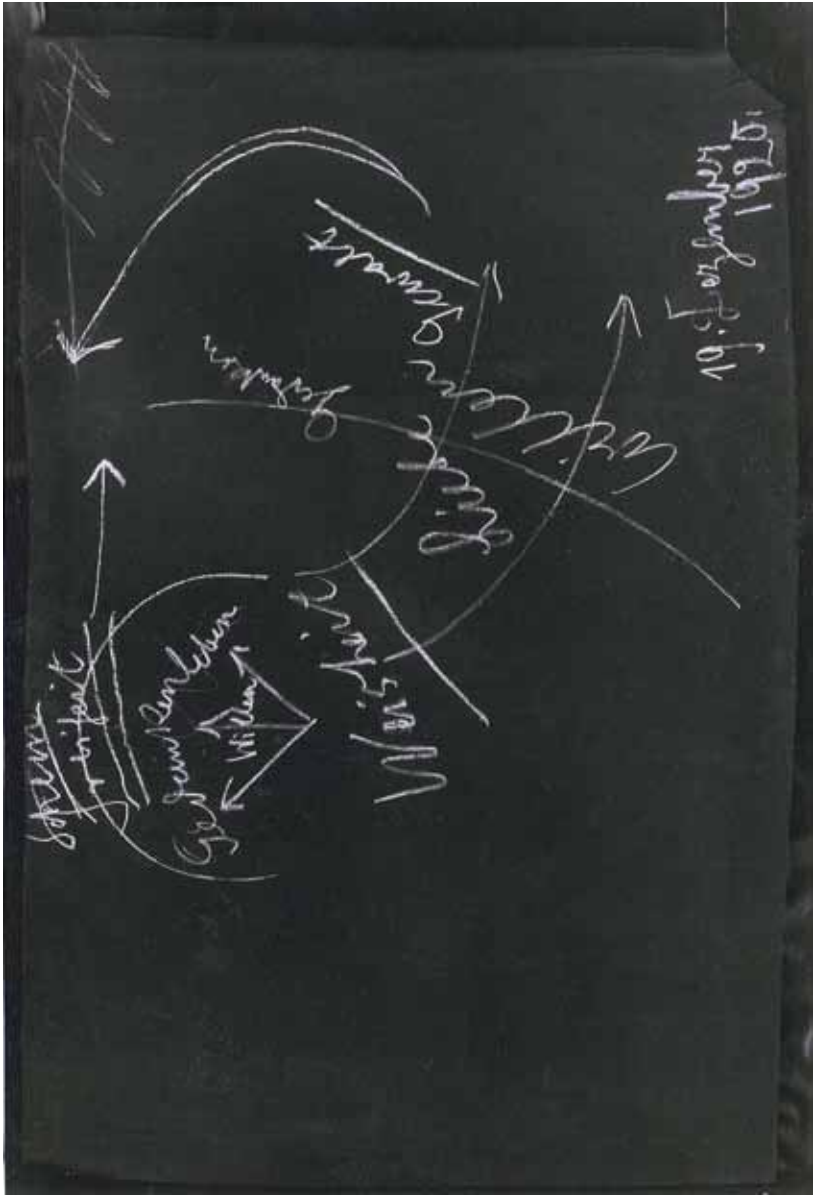


18. Dezember 1901

Therapief. Ideen: Erkennen auf dem Wärmegain
Lernen auf die Richtungsrichtung
Verstehen auf dem Ton
Ausblick auf ein Leben

h. p. u. l. e. n. t.
v. e. l. l. e. n.
u. p. e. i. n. e. n.

18. Dezember
1920.





19. Dezember 1920.

Eine Brücke ist der Meuf
zwischen dem Vergangnen
Und dem Sein der Zukunft;
Gegenwart ist Augenblick;
Augenblick als Brücke.
Seele gewordner Geist
In der Stoffeshülle
Das ist aus der Vergangenheit,
Geist werdende Seele
In Keimeschalen
Das ist auf dem Zukunflwege.
Faffe Künftiges
Durch Vergangnes

Hoff' auf ³Werdendes
Dürft gewordenes.
So ergreif das Sein
Im Werden;
So ergreif, was wird
Im Seindem.

Weihnacht, 24. December 1920

Rudolf Steiner



Peter Selg

Patienten-Meditationen von Rudolf Steiner

*224 pages, 40 illustrations, hardback with dustcover
ISBN 978-3-906947-22-8*

The meditations that Rudolf Steiner conveyed to numerous patients through supervising medical practitioners are regarded as an art of healing for the future. “What is the condition of a patient’s individual activity when striving to deal with illness?”, this speculative query was already made in 1930 by epilepsy sufferer, Giovanni Manzoni. This question has since earned particular attention in medicine. Many patients no longer want their treatment to be passive, nor subject to the figures of authority within hierarchically structured medical practice. Rather, they want to know about the possibilities of ‘saluto-’ or ‘autogenetic’ therapy. In this book, Peter Selg reveals insights into the world of Rudolf Steiner’s patient meditations, including a self-evaluation report by Giovanni Manzoni, who recovered from epileptic seizures thanks to Rudolf Steiner and Ita Wegman.

VERLAG DES ITA WEGMAN INSTITUTS

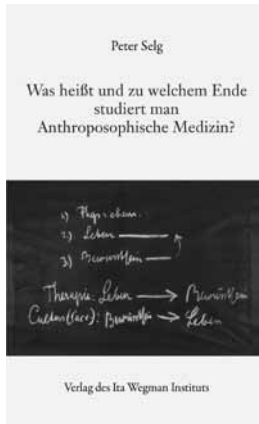


Peter Selg
Rudolf Steiners Beziehung zur Medizin

96 pages, 3 illustrations, brochure
ISBN 978-3-906947-35-8

Peter Selg gave the lecture “Rudolf Steiner and Medicine. The inner relationships of anthroposophical spiritual science to the art of healing” in celebration of Rudolf Steiner’s 150th birthday as part of the annual conference of the Medical Section at the Goetheanum (2011). Its current publication highlights its continued importance in the quest for answers concerning to what extent Steiner’s basic research into anthroposophy could provide new impetus and perspectives for ongoing advancement in medical practice. Moreover, it highlights why Rudolf Steiner prioritized this field of civilization and was engaged in an existential sense – as well as maintaining an impartial attitude towards issues for practitioners. “Materialism will draw its consequences at a frenetic pace ...”

VERLAG DES ITA WEGMAN INSTITUTS



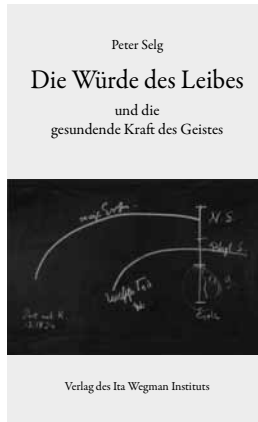
Peter Selg

Was heißt und zu welchem Ende studiert man Anthroposophische Medizin?

112 pages, 1 illustration, brochure
ISBN 978-3-905919-89-9

“The answer to the question, ‘What is and for what purpose do we study anthroposophic medicine?’, is in my view as follows: anthroposophic medicine is an art of healing based on human knowledge. Moreover, it is an answer – if not the answer – to the central dilemma of contemporary medicine. Its essence is definitively not a unique approach of therapy within the broad spectrum of ‘complementary’ methods and of what are termed ‘unconventional therapies’, – although its name and reputation resonates within this field. Rather, it makes an essential contribution to achieving that ‘pivotal turning point of modern medicine’, which Heinrich Schipperges wrote about.” (Peter Selg)

VERLAG DES ITA WEGMAN INSTITUTS



Peter Selg
Die Würde des Leibes
und die gesundende Kraft des Geistes
96 pages, 2 illustrations, brochure
ISBN 978-3-905919-81-3

Two author abstracts of lectures presented by Peter Selg at the annual conference of the Medical Section at the Goetheanum in Dornach, Switzerland. The lectures were part of conferences on anthroposophic-oriented psychosomatic medicine, psychotherapy and psychiatry and on the issue of external applications within anthroposophic medicine. Their focus is on the dignity of the human body and the healing power of the mind in the interplay between current challenges in medical ethics and the wider context of historical and spiritual science.

“Consider also the human being, how beautiful he is alive.” (Paracelsus)

VERLAG DES ITA WEGMAN INSTITUTS

ITA WEGMAN INSTITUTE FOR BASIC RESEARCH INTO ANTHROPOSOPHY



The Ita Wegman Institute for basic research into anthroposophy conducts research into anthroposophical spiritual science as presented by Dr Rudolf Steiner (1861 – 1925) in his written work and lectures. This task is approached by studying the development of anthroposophy within the context of the scientific and social history of the 19th and 20th centuries.

The Institute maintains several archives that are open to the public, based on the literary estates of pioneering associates of Rudolf Steiner, in particular, in the fields of medicine, therapeutic and curative education.

The research conducted at the Ita Wegman Institute receives support from different foundations – primarily the Software AG-Stiftung (Darmstadt) – as well as an international group of friends and supporters.

Pfeffinger Weg 1A · 4144 Arlesheim · Schweiz

Leitung: Prof. Dr. P. Selg

www.wegmaninstitut.ch · E-Mail: sekretariat@wegmaninstitut.ch